

## **Unidad 9**

---

- Recepción e interpretación de una obra literaria.

Lo que la ciencia de la literatura recubre hoy en día bajo el término de “recepción” no corresponde ni mucho menos a un solo y mismo fundamento epistemológico o a una misma ética científica. La fenomenología, la hermenéutica, la sociología de la estética o el estudio empírico del lector, todos ellos han contribuido al desarrollo de la teoría de la recepción en el espacio germanófono, y continúan haciéndolo, pero son demasiado incompatibles en algunos puntos para que se los pueda reunir en una sola escuela. No obstante, no queda excluido que se descubra un elemento cualquiera de convergencia que nos autorice a hablar incluso de “ciencia de la recepción” a propósito de todas estas diferentes gestiones, y yo propongo admitir provisionalmente que todas las gestiones que apelan a la teoría de la recepción abren un campo cuyo objeto concierne a la vez a los textos (literarios) y al lector de los textos. Ahora bien, de momento conviene dejar abierto el sentido del concepto de “lector”: dar un sentido unívoco a este término no haría sino acentuar el carácter problemático del objeto que estas diferentes gestiones pueden tener en común.

No quiero incluir entre los estudios sobre la recepción en el sentido propiamente dicho a los estudios de influencias que tienen una larga tradición en la investigación comparatista, en la que ocupan un lugar específico. Los conceptos de “influencia” o de “fortuna” han desempeñado un papel considerable dentro incluso de las escuelas comparatistas, por ejemplo en los debates entre las escuelas francesa y norteamericana: ¿hay que entender por “influencia” los vínculos literarios basados en contactos verificables (“relaciones de hecho”) o bien se puede aplicar también el concepto cuando se constatan rasgos comunes sin que haya ningún contacto efectivo? Las principales etapas de esta discusión se encuentran en las obras que tratan de literatura comparada (por ejemplo, Weisstein, 1968; Kaiser, 1980). No olvidemos que la versión positivista de estos estudios de influencias, al insistir en los contactos que se establecen mediante los hechos, trata ante todo de imponerse frente a los conceptos de

periodo hipostasiados. Esta actitud defensiva perdió su razón de ser con el surgimiento del estructuralismo, cuyos principios excluyen toda hipótesis conceptual. Por lo tanto, los estudios de influencia regresan a una posición de repliegue estratégico; subsisten y constituyen un campo específico de la historia literaria, al que se ha puesto en duda relativamente poco. Para Karl Robert Mandelkow (1974), los estudios de influencia representan —sobre todo en Alemania— una versión “trágica” de la historia de la literatura, cuya intriga consistiría “en deducir y en constatar el desconocimiento y la ignorancia” de las que el autor sería objeto (91). Podríamos replicar que los estudios del tipo *Goethe en France* (Baldensperger) o *Nietzsche en France* (Bianquis), o también *Shakespeare und der deutsche Geist* (Gundolf) y *Goethe und die Weltliteratur* (Strich) no tienen por objeto en modo alguno reparar una injusticia, sino más bien deducir cánones de lo literario. En resumen, nos está permitido decir que la ética científica de los estudios de influencia lleva a éstos a una actividad de valorización de la que resulta una jerarquía literaria, que puede reflejar tanto una política literaria nacional como tendencias universales. Finalmente resultó que el carácter demasiado unilateral de la mirada con que se analizó las obras era una de las debilidades de la investigación de influencias: se describía la influencia en función de la fuente, de la obra o del autor que ejercieron alguna influencia. Acerca de esto, las reflexiones teóricas sobre la literatura comparada que expone Durišin (1972) han aportado un cambio. Cuando él hace de la instancia receptora, y no de la instancia influyente, el elemento que determina el tipo de influencia, se sitúa en el terreno de los estudios de recepción, donde se adhiere en particular a las tesis sostenidas por Mukarovsky, de las que trataremos más adelante. La ciencia de la literatura adoptó, así, una nueva orientación que no ha dejado de tener consecuencias ni para la determinación de su objeto ni para su estatuto epistemológico. En este sentido, refutamos la posición de Wellek (1973) y de Dyserinck (1980) cuando pretenden que la recepción siempre ha sido objeto de la ciencia de la literatura y que no es más que una manera que está de moda de designar una práctica ya antigua. Dyserinck lamenta que cuando Jauss elaboró su modelo de la recepción no utilizara las “aportaciones de la literatura comparada francesa” (Dyserinck, 137). Wellek hace de la historia de la recepción “una nueva versión de la historia del gusto y de la historia de la crítica” (Wellek, 515). Estos juicios tienen su origen en reflexiones y tradiciones completamente distintas. La imagología de Dyserinck y la primacía de la calidad estética en Wellek no son directamente compatibles. Según Wellek, la debilidad de la historia de la recepción reside en el hecho de que ésta tampoco permite evitar esta aporía: “Una historia de los productos estéticos escapa a las categorías de causalidad y de evolución” (517). Esta afirmación saca a relucir la zanja que separa la concepción de la literatura

de Welck de la teoría de la recepción. Para esta última, en efecto, la causalidad y la evolución se convierten de nuevo en problemas totalmente centrales, en tanto que la “estética”, considerada como una categoría universal o como una esencia, suscita serias reservas tanto desde el punto de vista histórico como de la teoría del conocimiento.

La teoría de la recepción en sentido estricto rechaza la objetividad a la que apelan la teoría y el análisis de los textos. Este postulado reúne:

- 1] el proyecto fenomenológico, que desde Husserl refuta la objetividad;
- 2] el proyecto hermenéutico, que parte del supuesto de la unidad del sujeto productor y del sujeto intérprete del sentido en el proceso de comprensión;
- 3] el punto de partida de las investigaciones de un Mukařovský, basadas en la formación social de las convenciones;
- 4] por último, el proyecto de los empiristas, basado en la teoría de la acción, la psicología y la sociología.

Pero que se rechace la pretensión del texto a la objetividad dista mucho de significar que se coincida con la definición del polo del lector o con la manera de designar y de describir la relación del texto y del lector.

Tratemos primero de desarrollar los supuestos de las cuatro variantes principales de la teoría de la recepción en el espacio germanófono a fin de hacer que surja, en un primer momento, la amplitud de las variaciones de este camino; veremos entonces que se nos permite dudar de que estas diferentes gestiones pertenezcan a un mismo paradigma; contemplaremos finalmente las posibilidades de una futura colaboración entre estas diferentes orientaciones.

Sobre la pregunta, “¿A qué lector nos referimos aquí?”, la concepción fenomenológica de Wolfgang Iser lleva a la constatación siguiente: conforme al interés del conocimiento fenomenológico, no puede tratarse de un lector concreto, histórico o contemporáneo. El lector del que se trata es necesariamente una abstracción, un artefacto, cuyas características están construidas *a priori*, independientemente de toda existencia real. Iser descarta conscientemente el concepto de lector “ideal”, empleado por Ingarden (Iser, 1976, 50 ss) porque rechaza la idea de “concreción adecuada” que este concepto implica. Iser explicita su concepto de lector en *Der Akt des Lesens*: “Así, cuando se trata del lector en los capítulos que siguen de este trabajo, hay que entender la estructura del lector implícito inscrita en los textos [...]. El lector implícito no posee existencia real, ya que encarna el conjunto de orientaciones previas que un texto de ficción propone a sus posibles lectores, y que son las condiciones de su recepción. El lector implícito no está anclado, en consecuencia, en un sustrato empírico, sino que está arraigado en la estructura misma de los textos” (60). Por haber hecho del lector implícito una orientación textual previa y una condición de la recepción, a Iser se le impugnó el título de teórico de la recepción

y se quiso colocar su concepción en el paradigma de la interpretación con el pretexto de que, de acuerdo con su concepción, el lector sólo cubriría estrategias textuales (por ejemplo, Barnouw, 1980; Mailloux, 1982; Ray, 1984). El interés que despertó en los angloamericanos la teoría de Iser fue una razón complementaria para considerar a ésta cercana al *new criticism*. En nuestra opinión, esta acción fue prematura y no está confirmada por la argumentación de *Der Akt des Lesens*. La fenomenología de la lectura en Iser se basa a la vez en una teoría del lector *implícito* y en una teoría del lector *posible*. Esta distinción restringe un poco el papel puramente intratextual del lector que se atribuye a Iser, y permite tomar en cuenta al lector real. Iser dice del papel del lector: “El papel del lector del texto admite realizaciones históricas e individuales diversas, en función de disposiciones existenciales, así como de la comprensión previa que el lector individual aporta a la lectura [...]. El papel del lector contiene un abanico de potencialidades que en cada caso concreto son objeto de actualizaciones definidas y, en consecuencia, solamente ‘momentáneas’” (65). Hay que admitir no obstante que Iser, de conformidad con su orientación fenomenológica, no llega a describir concretamente estas “actualizaciones momentáneas”.

Una razón complementaria para suponer que en Iser el lector es una construcción abstracta —a pesar de su insistencia en el concepto de lector implícito— la tenemos en el modelo del lector que él elabora a partir de la teoría de la interacción. En el capítulo “La asimetría entre texto y lector” (257 ss.), hace referencia a la teoría de la interacción de Edward E. Jones y Harold B. Gerard. Estos autores desarrollaron un tipología de la reducción de las contingencias en la interacción social. Iser traslada del comportamiento social a la comunicación entre texto y lector los grados de incertidumbre y los imponderables de la relación entre los participantes de la comunicación: “Su característica es la asimetría fundamental entre texto y lector, debida a la ausencia de una situación común o de un marco común de referencia preestablecido” (262 ss.). “Comunicación” significa reducción de estas lagunas, suponiendo que los participantes estén dispuestos a evolucionar en el transcurso de la interacción comunicativa: “La interacción fracasa cuando las proyecciones recíprocas de los participantes no se modifican, o bien también cuando las proyecciones del lector invaden el texto sin resistencia. Por esto fracasar significa siempre colmar íntegramente el vacío con sus propias proyecciones” (263). Iser se vale asimismo de la investigación psicoanalítica en el terreno de la comunicación. La cita que sigue se refiere también al fracaso de la comunicación, esta vez con una explicación psicoanalítica: “Lo interesante tal vez resida simplemente en la observación, confirmada por la experiencia, de que las relaciones interhumanas adquieren rasgos patológicos en la medida en que los participantes colman,

con mayor o menor exclusividad, las lagunas de la experiencia con ayuda de proyecciones que provienen de la imaginación pulsional” (261). Esta cita es instructiva: muestra que la herencia fenomenológica de Iser no lo conduce a excluir las observaciones de naturaleza experimental. Para resumir breve y esquemáticamente su posición de acuerdo con nuestras dos categorías capitales, los supuestos epistemológicos y el concepto de lector, haremos el balance siguiente: de conformidad con su orientación epistemológica, Iser no formula hipótesis que no serían más que las explicaciones provisionales de hechos por verificar. Él no distingue tampoco entre los enunciados con valor descriptivo y los enunciados de evaluación (estos últimos se refieren al efecto que se atribuye a la literatura y afectan a conceptos tales como el “fracaso”), sino que conserva a lo largo de todo el libro un enunciado que es semidescriptivo, seminormativo. Su lector es, como hemos dicho, una construcción. El análisis de los procesos referibles al lector potencial podría traducirse sin esfuerzo alguno en hipótesis empíricamente verificables —y esto tanto más cuanto que W. Iser no impugna el valor de la investigación empírica. Desde un punto de vista empírico, su fenomenología de la lectura ofrece una preciosa heurística (cf. también Schram, 1985; Müller, 1981).

La contribución de Hans Robert Jauss a la teoría de la recepción tiene por origen el cuestionamiento hermenéutico de las relaciones que unen los horizontes de expectativa históricamente diferentes. Desde su introducción a la *Querelle des anciens et des modernes* de Perrault (1964), Jauss se ha aplicado al problema de la apropiación del arte del pasado por los participantes ulteriores en el proceso artístico —que están impregnados de la conciencia histórica de su presente. Este tema implica un juicio de valor sobre las obras y el reconocimiento o la constitución de una norma artística. En efecto, no se trata tanto de reconstruir formas y sociedades artísticas del pasado como de mostrar cómo se puede superar la distancia histórica entre la comprensión de ayer y de la hoy. La hermenéutica de la apropiación, que Jauss desarrolla de manera crítica a continuación de Gadamer, apunta a la reconstrucción de una tradición cultural ininterrumpida: “gozar de sí en el gozo del otro”, según la fórmula de Jauss (1977, 59).

La reconstrucción del horizonte de expectativa objetivable (“en el sistema objetivable de las expectativas... que, para cada obra en el momento histórico en el que ésta aparece, resulta de la comprensión previa del género, de la forma y de la temática de las obras conocidas hasta entonces, y de la oposición entre lenguaje poético y lenguaje práctico” (Jauss, 1970 a; 173, 174) no es un fin en sí; la reconstrucción sirve en cambio para construir una tradición de obras que pertenecen a una estética de la negatividad. Hay que señalar que Jauss parte del postulado de que la destrucción de la norma es el elemento más importante

del gran arte. La distancia estética transgrede y modifica el horizonte de expectativa. En otros términos: una gran obra transgrede el horizonte de expectativa de su época; al romperlo, implica una transformación duradera de este horizonte.

Mostremos con algunos ejemplos el papel que desempeña el juicio de valor en la investigación práctica de Jauss: en los años sesenta, un estudio revela que los estudiantes de los institutos de enseñanza secundaria alemanes, candidatos al bachillerato, ya no leen la *Iphigenie* de Goethe. Jauss explica este desapego por el drama clásico mediante el hecho de que, a lo largo de su recepción, *Iphigenie* se convirtió en un modelo de armonía en el que el eterno femenino contrapone a la tiranía una fuerza serena y apacible. Ahora bien, Jauss, que piensa que este modelo proviene de la recepción de la obra y no de su estructura, quiere liberar la significación de *Iphigenie* y esta significación se inscribe en la tradición de la contradicción.

Al reconstruir el horizonte de expectativa del que *Iphigenie* se desmarca como obra negativa, él restaura la continuidad de la tradición (Jauss, 1975 a). De manera similar —pero sin tener que roer previamente el mendrugo de una recepción armonizadora—, Jauss pone de manifiesto la estética “negativa” de Flaubert en relación con un horizonte de expectativa formado, entre otros, por los vodeviles de Feydeau (Jauss, 1970 a), y hace hincapié en el poder con que *Les fleurs du mal* de Baudelaire rompen la norma en un contexto en el que la poesía de entretenimiento se había convertido en un modelo de legitimación social (Jauss, 1975 b). Tenemos que preguntarnos de nuevo por el valor epistemológico y por el concepto de lector en la estética de la recepción de Jauss.

Percibimos aquí una contradicción epistemológica: la reconstrucción del horizonte de expectativa, que Jauss exige en teoría y que él realiza en la práctica, obedece a los postulados de un método histórico basado en la búsqueda empírica de documentos. No obstante, es sorprendente que Jauss logre esta reconstrucción en el momento en que aparece la obra que él considera decisiva, la que destruye la norma (es por ejemplo, el año 1857, cuando aparecen *Madame Bovary* y *Les fleurs du mal*). Esta limitación cronológica en el establecimiento de las fuentes podría tener una justificación práctica. No obstante, no habría que subestimar las consecuencias más remotas de este procedimiento. Seguir la reconstrucción del horizonte de expectativa más allá de la aparición de la “obra negativa” permitiría tener una idea más conforme a la realidad del efecto que Jauss supone retroactivamente. Así pues, nos hemos visto obligados a relativizar considerablemente la tesis de que Baudelaire habría inaugurado y legado a la posteridad un nuevo horizonte de expectativa (Ibsch, 1981).

Admitimos que Jauss, gracias a su gestión, pueda construir el “valor innovador” de la obra, pero la innovación tal como se realiza sigue estando fuera

de su alcance. Habría que proseguir mediante estudios sobre la manera en que fue recibida la obra por los lectores históricos. El “valor innovador” (tomado del formalismo ruso, en donde representa un concepto intraliterario) no puede más que indicar, en un cuestionamiento orientado a la recepción, un efecto potencial y requiere por esta razón una verificación material.

Hemos constatado que Jauss construía el horizonte de expectativa de manera histórica y empírica. No obstante, este punto de vista se abandona a partir de que él acaba interpretando la obra innovadora. Jauss encuentra el método hermenéutico, que da preferencia a la producción de sentido personal con respecto a la comprensión objetivable de otros lectores. Jauss se vale de una historia de la literatura que “explora el proceso de recepción con ayuda del instrumento que, en el terreno de la comprensión del sentido, sustituye el modelo empírico de observación por ‘ensayo y error’: el juego de la pregunta y de la respuesta entre el lector y el texto” (Jauss, 1975 c). El lector en cuestión no es sin embargo un lector histórico y real, sino un lector idealizado, un lector profundamente idéntico al sujeto de la enunciación; para ser más exactos, es el intérprete, el propio Jauss.

A la contradicción epistemológica (este salto de la reconstrucción histórico-empírica del horizonte de expectativa a la interpretación hermenéutica subjetiva) corresponde una contradicción en el concepto de lector: Jauss examina la recepción que practica el lector histórico hasta el momento en el que él mismo presenta una interpretación de la obra innovadora y abandona, así, la posición “objetiva” en beneficio de la confusión del sujeto y del objeto. Como su interpretación no se expone en forma de hipótesis verificable, no se puede evitar la conclusión de que no responde más que en parte a su propia exigencia de un horizonte de expectativa objetivable, y que por lo demás sigue siendo tributario del paradigma hermenéutico. Su adhesión a la teoría hermenéutica, claramente afirmada, se opone con bastante firmeza a las interrogaciones empíricas: él les reprocha un carácter arbitrario (Jauss, 1975 c).

Más recientemente, con motivo de una discusión interdisciplinaria con juristas y teólogos, Jauss intentó aclarar los puntos de convergencia metodológica. Sitúa la reconstrucción histórica después de 1] la comprensión que implica la percepción de la obra, y después de 2] la interpretación; él la define como tercera etapa de la interpretación hermenéutica. La reconstrucción histórica sirve para circunscribir y para definir la alteridad de la obra, no en beneficio del historicismo, sino al contrario, para suscitar la pregunta: “¿Qué me dice el texto y qué tengo que decir al texto?” (Jauss, 1981). Es interesante constatar que Jauss parece que quiere justificar aquí su posición de intérprete refiriéndose al procedimiento de simulación: “[Si yo me] coloco en el papel de un lector con el horizonte cultural de nuestro presente...” (476, 477).

Los sucesores de Jauss disfrutaban de una clara ventaja porque no están obligados como él a atenerse a la interpretación hermenéutica de la trasmisión cultural ni a retomar su tesis de la innovación. Pueden dedicarse al establecimiento de fuentes documentales relacionadas con los lectores históricos y a la construcción de horizontes de expectativa muy diversos, que integran las determinaciones culturales y sociales. Hay que conceder a Jauss una mayor originalidad, con los riesgos que ésta implica. Podríamos citar muchos trabajos y dos de ellos tienen un valor ejemplar (Nies, 1972; Kloek, 1985).

La tercera variante de la teoría de la recepción está asociada al nombre de Jan Mukařovský, que no pertenece al grupo de los teóricos de la recepción. Sus principales escritos preceden en treinta años el proyecto de la Escuela de Constanza. Pero el parentesco entre sus concepciones y las de los teóricos de la recepción, el hecho de haber sido acogido como tal por H.R. Jauss, Jurij Striedter, Herta Schmid y Lubomir Doležel, justifican plenamente que lo presentemos aquí. Mukařovský se inscribe en las tradiciones del formalismo ruso y de la lingüística estructural (que tenía vínculos con Husserl y Carnap), así como en la estética formal de Herbart y del neokantismo de Broder Christiansen. El proyecto antihegeliano es el denominador común de estas tradiciones.

La ambición principal de Mukařovský fue superar el idealismo y la metafísica estética a la vez, así como la psicología individual de la creación. Este objetivo pasaba por el reconocimiento del valor convencional y funcional del arte, que él expone en su ensayo *Ästhetische Funktion, Norm und ästhetischer Wert als soziale Fakten* [Función estética, norma y valor estético como hechos sociales] (1970) (publicado en 1935 en revista y en 1936 como libro). Mukařovský renuncia al cuestionamiento ontológico de Ingarden: “¿Cuál es la esencia de la obra de arte y cómo se puede conocer?” y confía a la sociedad o a un grupo social la decisión del estatuto artístico de un texto o de un objeto: “La aptitud activa de un objeto para la función estética no es una propiedad real de este objeto, aun cuando éste se destine a esta función; esta calificación sólo surge, en cambio, en determinadas circunstancias, en un contexto social determinado: un fenómeno que en una época o en un país determinado era el portador privilegiado de una función estética, en otra época o en otro país, puede resultar impropio para esta función” (Mukařovský, 1970, 13, 14). Al dar una definición pragmática del campo estético, Mukařovský lo vuelve permeable a fenómenos a los que en una determinada época no se les reconocía ninguna función estética. Veamos algunos ejemplos: al molino de café, técnicamente superado desde hace tiempo —y con fines puramente prácticos en otros tiempos— cuando se lo combina con flores secas y una plancha de hierro también obsoleta, se le concede una *función* estética (no se trata todavía de su *valor* estético); la bicicleta herrumbrosa, una vez aislada y transferida a otro espacio,

se expone en el museo de arte moderno; se interpreta la Biblia como “literatura”, y el *Mephisto* de Klaus Mann desencadena una batalla jurídica porque la familia de Gustav Gründgens atribuye a la novela una función documental, histórica y biográfica a la vez. A pesar de algunas reservas —Mukařovský se interesa por las constantes antropológicas en la experiencia estética y piensa que algunos textos son más aptos que otros para penetrar en el terreno estético—, él concede al lector-receptor la libertad de decidir tanto sobre la función como sobre el valor estético. Esta decisión no es individual y subjetiva, sino social: “La estabilización de la función estética es asunto de un colectivo” (1970, 129).

Lo mismo que el concepto de función, el concepto de valor adquiere una significación convencional. A un concepto de valor absoluto e inmanente, que supondría valores “eternos” inscritos en el objeto o en el texto, Mukařovský contrapone un concepto de valor instrumental y relacional, definido por la “capacidad de una cosa para servir un objetivo definido”; hace depender la “definición del objetivo y la orientación hacia este objetivo de un sujeto definido” (36, 37).

Mukařovský sostiene que el valor estético es el más elevado cuando la obra de arte se vuelve contra la norma cultural dominante. Esta relación entre la norma y el valor es un rasgo característico del campo estético, mientras que, en el campo no estético, la conformidad con la norma se considera un valor positivo. A este respecto hay que señalar que la posición de Mukařovský, que coincide con la de Jauss, sufre la influencia de la producción artística posromántica y eleva al rango de norma una parte de esta producción. Mukařovský no matiza demasiado cuando plantea: “Si la consideramos a partir de la norma estética, la historia del Arte es la historia de los levantamientos contra las normas dominantes” (46). Parece que Mukařovský se da cuenta de esto porque agrega la siguiente reserva: “No obstante, hasta en los casos extremos, [la obra de arte] debe respetar la norma al mismo tiempo: hasta en el desarrollo del arte hay periodos en los que el respeto de la norma es claramente prioritario en relación con su destrucción” (48). No obstante, Mukařovský se atiene en conjunto a su concepción de la norma. Ésta lo lleva a realizar una dicotomía entre “gran arte” y arte “culinario”. Este último no enfrenta en absoluto, o muy levemente, a la norma estética dominante; se desarrolla de manera paralela al gran arte y asegura la coexistencia entre diferentes sistemas normativos en el campo artístico. Estas reflexiones se articulan sobre un modelo sociológico que relaciona la norma estética y la morfología social: “Se impone la idea de que hay una relación directa entre la jerarquía de las normas estéticas y la jerarquía de las capas sociales: la norma más reciente, que está en la cima, parece que corresponde a la capa social más elevada, y las dos jerarquías parece que comparten

los mismos grados intermedios, de manera que a las capas sociales más bajas les corresponderían los sistemas de normas análogos” (58, 59). El modelo sociológico de Mukařovský es criticable: en nuestra sociedad, en la que la tecnología decide sobre el desarrollo económico, político y cultural de los estados y de las entidades supranacionales, este modelo no es defendible.

Para que fuera más pertinente, este modelo sociológico tendría que tener en cuenta los niveles de experiencia y de competencia del individuo en ciertos terrenos (en literatura, por ejemplo) más que la pertenencia a una capa social. Nosotros creemos que estos factores, que sólo reflejan indirectamente (mediante el sesgo de la formación social por ejemplo) las categorías sociales, desempeñan sin embargo un papel determinante en la definición de la norma.

Mukařovský prolonga el formalismo ruso historizándolo y atribuyéndole una preocupación pragmática. Por esto nosotros podemos considerar que su punto de vista corresponde a la teoría de la recepción (cf. asimismo Fokkema/Ibsch, 1977). La distinción entre *artefacto* y *objeto estético* (que él toma de Broder Christiansen, pero suprimiéndole el elemento subjetivo neokantiano) lo confirma: el *artefacto* es el texto literario invariante; el *objeto estético*, la obra concretada cada vez. El objeto estético es variable ya que depende de la conciencia, así como de la operación de concreción que efectúa el lector receptor (74). Formulada en nuestra propia terminología, la invariancia textual es una magnitud analítica y teórica que se puede describir por medio de la lingüística y de la teoría de los textos. No obstante, si la comparamos con la interpretación del texto, el análisis no nos conduciría a una elección, sino únicamente a un *potencial* de significaciones. Las opciones de significación que realizan los lectores se estudian después como documentos o también como testimonios de la recepción.

El concepto de lector en Mukařovský permite el estudio del lector histórico y concreto. Su discípulo Vodička trabajó en esta dirección (Vodička, 1976). Por su relativismo histórico y cultural tan acentuado, la posición epistemológica de Mukařovský indica una separación entre sujeto y objeto favorable a un camino empírico. Pero, por otra parte, encontramos en él una herencia fenomenológica notable, en el hecho de que si bien la argumentación es descriptiva, implica un cierto número de postulados.

La *teoría de la recepción empírica*, que hemos distinguido como cuarta variante, ha abandonado la ambición de que las disciplinas que tienen que ver con las ciencias humanas tengan un estatuto particular. Esta teoría, como campo de estudio particular, se sitúa en la tradición científica de un racionalismo crítico liberalizado (Groeben) o de un constructivismo radical (Schmidt). Ambas posiciones se diferencian según la importancia que conceden a la influencia de los subjetivos sobre los “hechos”.

En la ciencia de la literatura germanófona, la investigación empírica está vinculada a los nombres de Norbert Groeben y Siegfried J. Schmidt, que son sus fundadores. En 1977, se publicó en primer lugar *Rezeptionsforschung als empirische Literaturwissenschaft* [Estudio de la recepción como ciencia literaria empírica], ensayo en el que Groeben se separa de la concepción hermenéutica. Groeben sostiene la separación entre el sujeto investigador y su objeto mediante el criterio absoluto de una ciencia literaria empírica. El objeto —como ya lo hemos anunciado al inicio— no es un texto, sino la significación que el lector atribuye al texto. Groeben quiere impedir que el investigador conceda una importancia exagerada a su propia interpretación. Sólo así —eludiendo la confusión del sujeto y del objeto característica de la hermenéutica— esta disciplina podrá convertirse en una ciencia. Las decisiones relacionadas con las significaciones de un texto literario únicamente pueden provenir de los receptores y no del intérprete. El deber de este último es reproducir de manera experimental operaciones de recepción, aplicando a un texto diferentes métodos para la puesta en relación semántica (por ejemplo, diferencial semántico, *close-procedure*, *free-card-sorting-system*), cuyos resultados interpretará. La hipótesis sobre la significación de un texto, que es la mejor verificada por las concreciones de los receptores, podrá alimentar la ambición de ser (relativamente) generalizable, es decir, de poseer una cierta “adecuación” para un grupo dado en un momento dado.

Éste es el marco teórico del análisis de las interpretaciones que Groeben, junto con otros investigadores, aplicó a *Hasenkatastrophe* [Catástrofe de la liebre] de Robert Musil (Groeben, 1981 a). Groeben pidió a los representantes de diferentes métodos de interpretación (hermenéutico, análisis marxista, psicoanalítico, formal) que cada quien propusiera una interpretación del relato de Musil. Los resultados se sometieron a una muestra de personas encargadas de verificarlos por medio de tres métodos empíricos (*close-procedure*, aplicado por W. Faulstich, diferencial semántico, aplicado por R. Zobel, categorización semántica, aplicada por H. Oldenbürger). Se trataba de responder a dos preguntas capitales:

1] ¿Cuál de estas cuatro proposiciones de interpretación (hermenéuticas) se puede calificar de adecuada (válida) en vista de las significaciones textuales concretas?

2] ¿Cuál o cuáles de los tres métodos empíricos utilizados para poner de manifiesto la concreción permite o permiten la respuesta mejor a la pregunta de la interpretación más adecuada? (24).

Aquí no podemos dar cuenta de todos los procesos y de todas las descripciones de los dispositivos experimentales; hemos de contentarnos con un esbozo burdo de los resultados: la interpretación correspondiente al análisis formal

fue eliminada porque las citas íntegras alcanzaban un tamaño desproporcionado. Por lo tanto, no quedaron más que tres proyectos. La interpretación psicoanalítica se descartó en las tres experiencias como una concreción de sentido inadecuado al texto (237). Según los términos de Groeben, plenamente consciente del alcance limitado de los resultados, “el proyecto de interpretación psicoanalítica [puede] ser declarado inválido, al menos para la República Federal de Alemania y para la población de lectores consultada” (237, 238). La hipótesis interpretativa marxista “reveló la mayor concordancia (aun cuando no fue completa) con la significación del texto”. La hipótesis hermenéutica muestra de nuevo las mayores desviaciones en relación con el texto literario tal como éste es recibido; estas diferencias no bastan sin embargo para invalidar este proyecto (238). Uno de los resultados de la experiencia fue que los investigadores reformularan la pregunta: las encuestas empíricas únicamente permitieron afirmar cuál de las hipótesis de interpretación resultó inadecuada, mientras que resultó imposible una decisión sobre la adecuación (239).

No vamos a examinar aquí la segunda pregunta, que se refiere al método mejor. Indiquemos simplemente que el método *close-procedure* resultó poco económico y por lo tanto inadaptado.

El concepto de lector que propone Groeben se refiere al lector concreto sometido a la experiencia; su posición es radicalmente no hermenéutica. Su pretensión de intersubjetividad está garantizada por la separación del sujeto y del objeto. Groeben tiene la ambición de “empirizar” la ciencia de la literatura. La forma gramatical del concepto de empirización deja entender claramente por sí misma que se trata de transformar una problemática hermenéutica por excelencia en una problemática empírica. El punto de vista de Groeben insiste en que una gestión empírica también permite, y hasta mejor, responder a las preguntas hermenéuticas. Esto le valió la crítica siguiente por parte de la hermenéutica: tratándose de problemas históricos, esta gestión no tiene ningún valor —el lector histórico, en efecto, no puede cumplir el papel de un sujeto de experiencia. Groeben admitió entonces que la investigación histórica no podría prescindir de “escuelas hermenéuticas” (Groeben, 1981 *a*). Entre los propios empiristas —el círculo de colaboradores de Schmidt en particular—, se reprochó al programa de empirización de Groeben que estaba demasiado centrado en la pregunta hermenéutica de la interpretación del texto y de que permanecía prisionero por esto mismo del pensamiento hermenéutico, a pesar del método empírico. Esencialmente, la pregunta de la validación/no validación de las significaciones dadas a los textos sería un enfoque típicamente hermenéutico, ya que el objeto sigue siendo precisamente designar una sola significación adecuada al texto. En su respuesta, Groeben llama la atención entre otras cosas sobre el hecho de que la importancia del concepto de adecuación es diferente

en su programa: este último admite que la significación es variable y, en consecuencia, es la amplitud de la variación lo que llega a ser prioritario. No se puede ocultar que Groeben propone esta empirización en función de lo que la teoría de la recepción pone a su disposición. El subtítulo del último ensayo citado es la prueba de ello: "*L'empirisation comme conséquence et critique de la théorie de la réception*" [*La empirización como consecuencia y crítica de la teoría de la recepción*].

Por su parte, el programa de Siegfried J. Schmidt y del grupo NIKOL reivindica el estatuto de concepción nueva. Si Groeben se preocupa ante todo por el método (adaptando métodos empíricos con el fin de garantizar la validez científica de la disciplina), Schmidt se interesa en primer lugar por la teoría antes de emprender cualquier investigación empírica. La empirización de la interpretación no es su objetivo. Se trata ante todo de asignar su lugar a la interpretación en el marco de la teoría empírica de la literatura (*Empirische Theorie der Literatur*, ETL).

Schmidt basa su ETL en la teoría de la acción (*Handlungstheorie*); parte del principio de que los "fenómenos literarios" nunca son el producto del comportamiento de los sujetos concretos (Hauptmeier/Schmidt, 1985), que se trata de actos de producción, de transmisión, de recepción o también de tratamiento (59). En este marco teórico, la interpretación de los textos literarios no es una operación científica, sino que se inscribe en el sistema literario (130). Por lo tanto, el intérprete no es exterior al sistema de acciones que el científico tiene por misión estudiar empíricamente, sino que actúa dentro de este sistema, ya sea receptor o experto: "Los científicos analizan el sistema literario; su actividad obedece a los criterios del sistema de la ciencia. Los intérpretes toman parte en el sistema de la literatura, son actores de este sistema" (130).

Hauptmeier/Schmidt destacan que su concepción de la interpretación se acerca a la de H. Steinmetz, para quien las interpretaciones, lejos de ofrecer una coherencia científicamente demostrable, con apoyo del texto, no son sino "confrontaciones socialmente logradas con textos literarios" (129) en las que intervienen las referencias propias del intérprete, sus "necesidades, competencias, conocimientos e intenciones" (128). De acuerdo con Steinmetz, pero también con Stanley Fish, aquéllos se niegan a deducir la significación justa del texto; la investigación empírica permite descubrir las diferentes interpretaciones en función de su contexto y de su pertinencia social.

Los críticos deben ser considerados también como actores del sistema literario. Junto a su deber de información, tienen un papel decisivo en la discusión de las normas del sistema de lo literario: contribuyen activamente a defender o a rechazar la pertinencia de algunos modelos de comportamiento o de pensamiento abordados en los textos literarios (Schmidt, 1982).

En el nivel teórico, Schmidt plantea preguntas sobre los diferentes terrenos del sistema literario (productor, intermediario, receptor), por ejemplo, sobre la función y el efecto de la literatura (su producción y su recepción). La puesta al día sistemática de estas preguntas puede generar hipótesis que habrá que verificar empíricamente. Los criterios científicos son: el carácter explícito, sistemático, y la posibilidad de una demostración intersubjetiva. Su fundamento epistemológico no es el descubrimiento, sino la construcción de los “hechos” (Finke, 1982).

Las investigaciones empíricas no se refieren únicamente a los lectores, sino también a los otros actores del sistema literario. Así, encontramos por ejemplo un trabajo sobre los productores literarios (Schmidt/Zobel, 1983). El postulado de una distinción entre *convención fáctica* y *convención estética* reviste particular importancia en la ETL de Schmidt. La hipótesis de un dominio de la convención estética sobre la convención fáctica se verificó y confirmó en un estudio por sondeo (realizado en toda la República Federal, Hintzenberg/Schmidt/Zobel, 1980): “Las respuestas muestran claramente que la verdad, en tanto que categoría semántica y referencial, forma parte de los valores que son los menos importantes en la atribución del carácter literario” (65). Para matizar, hay que agregar que cuanto más elevado es el nivel de cultura, más fuerte es la socialización respecto de la convención que se postula (67). Se podría emitir además la crítica siguiente: el propio tipo de la encuesta (preguntas globales de acuerdo con supuestos y criterios de clasificación, en vez de una confrontación directa y personal con los textos literarios escogidos en los campos temáticos diferentes) dejaba prever una confirmación de la hipótesis. Para percibir las tensiones entre convención estética y convención fáctica (que como bien sabemos, siempre han existido en literatura), habría que construir hipótesis que tuvieran en cuenta resistencias muy concretas (por ejemplo, implicación emocional en algunos temas, competencia en un terreno, reacciones a las informaciones que no coinciden con el saber adquirido [disonancia cognitiva], estructura dogmática de la personalidad [Ibsch, 1984 y 1985]). Nuestra hipótesis es que, en muchos casos, la fuerza de la convención fáctica limitaría considerablemente el dominio de la convención estética.

Un estudio empírico de los diferentes actores del sistema literario, que examina con ayuda de métodos sociopsicológicos los supuestos, las reacciones y los comportamientos, se distingue por una estructura de enunciados en la que las afirmaciones descriptivas, explicativas o los pronósticos están diferenciados de los postulados o de los juicios de valor.

Basados en una suma de datos válida, los resultados obtenidos después de verificación empírica permiten matizar y corregir los postulados especulativos de la hermenéutica. En la primera fase, aquella en la que se proyecta un

programa de investigación a partir de una problemática, se abre el espacio para un cuestionamiento socialmente pertinente y hasta, cuando esto es necesario, para un rechazo de la tradición.

Hasta ahora, la investigación empírica es relativamente impotente frente a las cuestiones históricas. El estudio sobre Trakl de Rusch y Schmidt (1983) tiene el inmenso mérito de haber aclarado los problemas (cf. a este respecto Pasternack, 1985). Hay que observar también que la investigación histórica hermenéutica se ha mostrado convincente hasta ahora, aun cuando se le pueda reprochar que no aclara suficientemente su manera de plantear los problemas ni su marco teórico.

## II

El discurso del estudio de la recepción no ofrece unidad alguna. Las tendencias que ahora vamos a abordar, como la *reader's response theory* norteamericana (Bleich, Holland) o la contribución alemana oriental a este debate, dan aún más fuerza a esta problemática.

Expondremos en primer lugar las *investigaciones norteamericanas sobre el lector*, que nos permitirán hacer la transición a la *investigación empírica alemana*. Comparando estas dos variantes, se comprueba que ambas se basan en *motivaciones, supuestos epistemológicos, conceptos de literatura* y, por último, *objetivos* diferentes.

A la motivación científica y teórica, dominante en el espacio germanófono, corresponde una motivación del orden de la psicología y hasta del psicoanálisis de los procedimientos cognitivos en los norteamericanos. Los supuestos epistemológicos de los norteamericanos se sitúan en el "*subjective paradigm*", y hasta en el "*transactive paradigm*", mientras que la investigación empírica alemana reagrupa, como ya hemos mostrado, una rama racionalista crítica y una rama constructivista.

Al concepto alemán de literatura, concepto convencional que emana del formalismo y del estructuralismo, corresponde un concepto de literatura sin especificidad del lado norteamericano. Si en Estados Unidos los objetivos de la investigación son el conocimiento de sí y la ampliación de los conocimientos del sujeto, en Alemania se fijan en la validación empírica de interpretaciones hermenéuticas así como en la descripción de la literatura como sistema social.

En el *subjective criticism* (1978) de Bleich, no hay lugar para la intención del autor, y la estructura del texto no es una instancia que guíe las interpretaciones. Tratándose de la estructura de los textos, examinemos la cita siguiente: "En

el paradigma subjetivo, el papel epistemológico de estas limitaciones no tiene importancia: funcionan como cualquier objeto real funciona, puesto que pueden ser modificadas por la acción del sujeto” (112). En este contexto, lo importante es el concepto de “*real object*”. Éste representa la referencia absoluta del paradigma objetivo, mientras que, en el paradigma subjetivo, cuyo portavoz es Bleich, este objeto “se considera admitido” —se supone no problemático y que la conciencia se dirige inmediatamente a la manipulación simbólica de estos objetos (“La conciencia considera a los objetos reales admitidos y dirige sus esfuerzos ya sea a la manipulación simbólica de los objetos reales, ya sea a la manipulación de objetos que ella ha creado y que son objetos simbólicos” (88)). La literatura, como las demás manifestaciones del lenguaje y como el sueño, pertenece al terreno de los objetos simbólicos, cuya función es servir, gracias a la interpretación, al conocimiento de sí: “Porque la literatura es un objeto simbólico, tiene por función normal crear ocasiones de interpretación: algo como una obra literaria autónoma no existe” (159). El proceso de conocimiento de sí, cuyos objetos simbólicos —sueños u obras literarias— son el estímulo principal, excluye prácticamente el deseo de conocer la intención del autor. Es cierto que se puede contemplar un conocimiento de sí que pase por el conocimiento de otras personas —lo cual puede incluir también al autor. Pero no es esto lo que entiende E.D. Hirsch, por ejemplo, con el término de “*stable meaning*”, adquirido por el conocimiento de la intención del autor: “Como la interpretación de los sueños, la interpretación de un objeto estético no está motivada por el anhelo de conocer las intenciones del artista [...], sino por el deseo de elaborar, para nuestra propia cuenta y para la de nuestra comunidad, un saber a partir de la experiencia subjetiva que tenemos de la obra de arte” (93).

El *subjective criticism* de Bleich está orientado a la cognición. Reserva un gran lugar a la acumulación de conocimientos y de experiencias, una de las razones de su polémica con Norman Holland. En este último, el *identity-theme* conduce a una *self-replication* que ciertamente puede tener valor terapéutico, pero que perjudica la adquisición de todo conocimiento nuevo e impide, así, toda adaptación social y psicológica, como sería posible y deseable: “Pero el involucramiento común del yo en nuevas experiencias no tiene estas razones terapéuticas, sino que es resultado del impulso natural a expresar un nuevo sentido del yo, que responda mejor a las circunstancias más recientes de la vida” (122). El objetivo de Bleich, centrado en una psicología de la cognición, pasa por los grados del conocimiento de sí, de la ampliación de este conocimiento y, por último, de su traducción en comportamiento. Se alcanza gracias a diversas formas de conceptualización de las experiencias de lectura y mediante un trabajo común sobre estas experiencias entre alumnos/estudiantes y profesores. Los

hechos empíricos son en consecuencia los siguientes: la reseña de la experiencia de lectura, el análisis de esta experiencia y, eventualmente, la comparación entre una experiencia de lectura de infancia con una lectura ulterior de la misma obra. En efecto: “En especial cuando los recuerdos de las lecturas de la infancia son fuertes, es probable que la comparación de estos recuerdos con una nueva respuesta aporte un elemento de conocimiento diferente, pero de importancia igual” (201).

Para que las experiencias de lectura subjetivas se traduzcan eficazmente en conocimiento intersubjetivo, es necesario que las conceptualizaciones se reflexionen en un debate de grupo en el que el profesor —una diferencia más con Holland— no es un simple observador, sino un participante. Para designar esta reflexión en común, Bleich emplea el término “*negotiation*”: “dentro de la relación pedagógica, se negocia el enunciado según el fin que ha sido objeto de un acuerdo común” (151) (cf. asimismo William Ray, 1984, 85).

El *subjective criticism* de Bleich no hace de la literatura un terreno particular. Como lugar de interpretación, la literatura tiene el mismo estatuto que todos los enunciados, que los sueños o que la acción humana. Ni las particularidades del lenguaje, ni los juicios de valor influyen en cualquiera que sea el conocimiento de sí. En cambio, una reacción de evaluación negativa equivale para Bleich a una autocensura: “El rechazo de un objeto simbólico es una especie de autocensura, puesto que en realidad se rechaza su propia simbolización más que el objeto mismo” (211). Al estímulo material sólo se le pide una “*interpretive occasion*” que suscite la “simbolización” (puesta en palabras) de los contenidos de la conciencia. “El *subjective criticism* tiene por hipótesis que los móviles más apremiantes de un sujeto son comprenderse a sí mismo y que la vía más simple de esta comprensión es que tenga conciencia de que su propio sistema lingüístico es el medio de la conciencia y de la autodirección” (297, 298).

No es nada extraño que la perspectiva de Bleich, con sus supuestos epistemológicos, no lo acerque para nada a la estética de la recepción alemana (cf. su observación de la p. 101, en la que los nombres que cita revelan un conocimiento muy global de esta corriente).

El programa de Norman Holland, centrado en el lector, concuerda en puntos importantes con el de David Bleich. Es probablemente el acuerdo en las opciones fundamentales lo que les permite confrontar sus posiciones respectivas.

Hay acuerdo sobre la definición del objeto de investigación: éste no es el texto literario, sino la reacción del lector. Están también ampliamente de acuerdo sobre los métodos empíricos, que conciernen más a un análisis de contenido (la interpretación de informes de experiencias y de entrevistas) que a un estudio estadístico. Comparten por último un mismo concepto de literatura no específica.

Bleich y Holland se distinguen no obstante en el nivel de la epistemología y de la función de las experiencias del lector. El ensayo de Holland *The new paradigm: subjective or transactive?* (1976) expone en términos muy medrados la controversia. Holland critica en primer lugar el paradigma subjetivo de Bleich y le contrapone su paradigma transactivo. El idealismo subjetivo de Bleich, impregnado de Berkeley, tiene una consecuencia inaceptable para Holland; en efecto, el hecho de declarar: “El observador es un sujeto; su medio de percepción define la esencia del objeto y hasta, para empezar, la existencia de este objeto” (339) vuelve imposibles todas las distinciones y toda influencia recíproca: “No se puede hacer ninguna diferencia entre unicornios y caballos, ni entre el presidente McGovern y el presidente Ford” (339). Además, el subjetivismo de Bleich, quien mantiene la dicotomía entre sujeto y objeto, ignora, según Holland, el radicalismo del saber más reciente, que concibe la “realidad” como una *transaction*. Holland toma un ejemplo de transacción de Piaget, en el que se trata de una “niña de dieciséis meses, que utilizaba la apertura de su boca para comprender la apertura de una caja de cerillos” (340).

Holland piensa también que el subjetivismo epistemológico de Bleich está en contradicción con su estudio empírico del lector: “Los ejemplos que da Bleich de una respuesta subjetiva responden mejor al paradigma de la transacción, que sitúa la realidad fundamental en la relación entre el yo y el no-yo” (340). Él no ofrece ningún medio de establecer, gracias a la “*negotiation*”, un consenso entre las “*perceptions*” (342), puesto que la interacción entre *self* y *other* está impedida por el privilegio que se le acuerda de entrada al subjetivismo.

En el centro de la interacción, en Holland, se sitúa la “*identity-recreation*” de un individuo en su encuentro con otra “realidad”. La concepción de Holland necesita la “*other reality*”, que le permite crear un lugar en el que la identidad se pueda reflejar: “El individuo aprehende los recursos de la realidad (incluido el lenguaje, el propio cuerpo, el espacio, el tiempo, etc.), mientras que la relación que mantiene con ellos son las réplicas de su identidad” (343). El individuo encuentra esta realidad “con un conjunto de expectativas características, cuyo caso ejemplar es el equilibrio entre los deseos y los temores que se encuentran vinculados”. El fin de la percepción del “otro” es “satisfacer estos deseos y minimizar estos temores: el sujeto perceptor recrea sus modos característicos de adaptación y de defensas —que son aspectos de su tema de identidad— a partir de materiales que la literatura o la realidad ofrecen” (338).

La identidad es definida como “la unidad que se descubre en el comportamiento de un individuo” (343). El trabajo empírico de Holland consiste en circunscribir la identidad de una persona (mediante conversaciones, observaciones) y en redescubrir el tema de la identidad después del encuentro de

cualquier realidad. Ahora bien, este último punto es el que nos interesa: el despliegue del tema de la identidad no supone la especificidad de un extracto de esta “*other reality*”. Cuando Holland habla del encuentro de un individuo con una “*other reality*”, cita una serie de “realidades”, entre las que la literatura no ocupa una posición eminente. Dice, por ejemplo: “el sujeto que percibe a otra persona o cualquiera otra realidad” (338), “los materiales que la literatura o la realidad ofrecen” (338), “los recursos de la realidad (incluidos el lenguaje, el cuerpo propio, el espacio, el tiempo...)” (343). Podríamos multiplicar los ejemplos.

El hecho de trabajar sobre las reacciones a la literatura no es una condición necesaria para Holland, sino sólo contingente. El “*set of symbols*” —él traduce así *Hamlet* como lugar del encuentro con la realidad— no tiene más función que cualquier otro extracto de realidad. No se puede emitir ningún enunciado sobre *Hamlet*, sino únicamente sobre las interacciones de un individuo con el texto. Si producir un enunciado sobre la “realidad” antes de que tenga lugar una transacción es imposible, la “realidad” puede muy bien prescindir de toda especificidad.

Si en Bleich la posibilidad de adquirir un saber nuevo no estaba en el objeto (recordemos que él rechaza este concepto) sino en la negociación entre diferentes sujetos sobre las experiencias, la concepción de Holland ignora todo saber nuevo (ya hemos citado la crítica de Bleich a este respecto). La primicia del tema de la identidad es el reconocimiento, no el “descubrimiento”.

Podríamos preguntarnos en qué medida estas variantes estadounidenses son verdaderamente empíricas. ¿No se trataría más bien de una especie de hermenéutica *dialógica*? Este concepto fue utilizado por Groeben (1981 *b*) para distinguir la perspectiva de Norman Holland de la hermenéutica *monológica*, que suscita interpretaciones en las que el investigador es simultáneamente el receptor (como el enfoque psicoanalítico, al que Groeben hacía referencia). Bleich y Holland garantizan la separación entre el sujeto y el objeto. No obstante, el hecho de que sus métodos sean difícilmente controlables y la intervención interpretativa del propio investigador cuando evalúa las *respuestas* amenazan el estatuto empírico de este camino. Incluso los conceptos teóricos de Bleich y Holland, que pretenden ser generalizables, no pueden compensar totalmente estas debilidades. Sin embargo, no cabe ninguna duda de que Bleich y Holland representan una variante avanzada de la teoría de la recepción al renunciar a su propia interpretación del texto y trabajar con los lectores históricos concretos.

Para terminar con la contribución norteamericana a la teoría de la recepción, expliquemos por qué nos hemos limitado a Bleich y Holland. Estos dos representantes de la corriente psicológica/psicoanalítica han desarrollado sus

posiciones independientemente de la situación europea, y aportan de este modo una contribución norteamericana autónoma, que saca a la luz claramente las diferencias, sobre todo con relación al programa alemán. Hay otras concepciones norteamericanas del estudio de la recepción que hacen referencia explícita a la estética de la recepción alemana o se integran, por su motivación y sus objetivos, a la discusión europea. Esto se aplica incluso al concepto de comunidad de interpretación de Stanley Fish (1980). Hay estudios sobre la adaptación en Estados Unidos de las escuelas europeas de teoría de la recepción, por ejemplo Suleiman/Crosman (1980), Mailloux (1982), Ray (1984) y Holub (1984).

### III

La exposición de la teoría de la recepción quedaría incompleta sin la reacción y la contribución de la ciencia de la literatura en la República Democrática Alemana. Si esta variante no se ha abordado al mismo tiempo que las otras escuelas alemanas es porque el estudio de la recepción en la RDA no representa un cambio de paradigma ni un proyecto nuevo. La autonomía del texto, de la que la teoría de la recepción tenía que separarse para redefinir su objeto, estaba de todas maneras ausente de la ciencia literaria marxista. Tampoco se experimentaba de este lado la necesidad de una nueva orientación epistemológica porque se consideraba que la teoría del conocimiento dialéctico, fundamento a la vez sólido y flexible, era suficiente. En la RDA, el debate a propósito de la teoría de la recepción se ha de considerar, por lo tanto, una reacción cuyo blanco principal es Jauss e Iser.

Las proposiciones que formula la Escuela de Constanza han proporcionado una posibilidad de diálogo con los investigadores de la RDA que hacía falta en la época en la que la interpretación inmanente dominaba. La teoría de la recepción ha hecho que vuelva a surgir el problema de la historicidad, eclipsado por un momento en la RFA, pero que siempre había estado en el centro de la ciencia en la RDA.

Vamos a describir en primer lugar la reacción marxista a Jauss e Iser y después una variante empírica del estudio del lector en la RDA.

Uno de los reproches más frecuentes y más importantes de los representantes de la RDA a la estética de la recepción tiene que ver con la manera en que la recepción se separa de la relación dialéctica entre producción y consumo (Naumann, 1973; Warneken, 1974; Naumann, 1974; Weimann, 1974).

Cuando privilegia la recepción con relación a la producción, la estética de la recepción pierde toda pretensión de construir un paradigma. Manfred Naumann

(1976) formula: “Yo no veo tanto un cambio de paradigma como un movimiento de péndulo” (455), dejando entender así que él considera que el programa de Jauss es más bien un desplazamiento arbitrario del centro de interés que un avance teórico.

Aquellos que critican la estética de la recepción citan las palabras de Karl Marx (*Introducción a la crítica de la economía política*): “La producción produce, pues, el consumo, 1] creando el material de éste; 2] determinando el modo de consumo [puesto que el objeto es siempre un objeto específico]; 3] provocando en el consumidor la necesidad de productos que ella ha creado [...]” En relación con el consumo, la producción representa “el elemento englobador” (Naumann, 1974, 217, 218).

La aceptación de la concepción marxista implica irremediamente algunas primicias epistemológicas importantes. En primer lugar, la de la objetividad (“puesto que el objeto siempre es específico”): “Designamos con el concepto de *prerrecepción* (*Rezeptionsvorgabe*) la capacidad de una obra para guiar la recepción [...]; se trata de una categoría que expresa las funciones potenciales que puede cumplir una obra a partir de sus características” (Naumann, 1974, 224). Asimismo está dada la *realidad* objetiva (de)scrita en la obra de arte: “La obra es el producto de una actividad en la que el autor entra necesariamente en relación, no sólo con la realidad, que le es dada objetivamente, y con el proceso literario [...]” (Naumann, 1974, 224). O bien, en una formulación más concreta en Robert Weimann: “La función *formadora* (*bildende*) de la literatura es paralela a su función *mimética* (*abbildende*), refiriéndose ambas funciones al movimiento histórico de la sociedad a través de la fuerza de producción y la lucha de clases” (Weimann, 1974, 239).

La objetividad determina la respuesta de los investigadores marxistas a la “libertad del lector”, a propósito de la cual Naumann afirma: “La libertad de los lectores frente a las obras encuentra sus límites en las propiedades objetivas de las propias obras” (Naumann, 1973, 85). No obstante, para no resultar sospechoso de haber hablado de una influencia mecánica del objeto sobre el lector, agrega que la actividad receptora está determinada por la obra y por el lector (86). Sus interlocutores no marxistas podrían dar su asentimiento si una observación complementaria no viniera a romper este acuerdo. Leemos a Naumann: “[...] La obra es la cara objetiva y el lector la cara subjetiva (igualmente determinado objetivamente en última instancia) de la relación” (86).

El relativismo de la interpretación de tipo burgués halla su contrapartida en la genética literaria de tipo marxista. Weimann reprocha a la estética de la recepción que oculte la cuestión de la verdad poética. Y le contrapone: “la labor realmente decisiva del historiador de la literatura no consiste en demostrar que todas las normas de interpretación sean los desarrollos legítimos de un poten-

cial poético infinito, sino relativizar las interpretaciones históricamente determinadas, refiriéndose a la génesis histórica de la objetividad” (Weimann, 1974, 275).

Como estos reproches apuntan a Jauss e Iser, vamos a recordar lo que hemos dicho a propósito de las concepciones de la Escuela de Constanza: que ellos limitan en gran manera esta arbitrariedad. Iser, mediante su concepto del lector implícito, así como con su observación sobre el fracaso de la comunicación; Jauss mediante el recurso a su propia actividad interpretativa y con el postulado de un horizonte de expectativa objetivable. En el ensayo sobre *Iphigenie*, Jauss realiza en la práctica lo que Weimann exige. Relativiza las interpretaciones refiriéndose a las circunstancias que corresponden a la génesis literaria, es cierto que sin apelar a una “objetividad histórico-genética”. Jauss y Weimann están cerca el uno del otro cuando abordan el problema hermenéutico de las relaciones de horizontes de experiencia históricamente diferentes. Como ya lo hemos señalado, la confrontación de estos horizontes tiene por objetivo en Jauss el restablecimiento de una cadena de tradiciones que corresponde principalmente a una estética de la negatividad. Weimann habla del “proceso consciente de confrontación de valores pasados con evaluaciones presentes” (Weimann, 1974, 239). Se trata de la relación actual con la literatura del pasado, “que sólo se vuelve viva a partir de esta puesta en relación”. Su ambición es volver actual la literatura del pasado, “sin por esto actualizarla de manera vulgar”. Hay que respetar “la objetividad obtenida mediante una reconstrucción histórica lo más meticulosa posible”; sólo con esta condición, la relación con la herencia se enriquece y llega a ser fecunda (239).

Ahora podemos también preguntarnos en qué consiste el valor de una actualización que sigue siendo tan claramente prisionera de la génesis histórica. Weimann responde, junto con Marx, que esta actualización nos permite aclarar las etapas de la conciencia de sí. A partir del punto de vista histórico progresivo del presente, el pasado es reinterpretado (262). La interpretación adquiere así una pertinencia social: “La historia literaria no se agota en un estudio de los textos del pasado, que procede por proyección; abarca el principio de la aplicación de los valores reconocidos, desde el punto de vista del presente. El fin último del trabajo histórico no reside en una ‘comprensión’ (simplemente por el placer de comprender), sino que consiste en volver vivo y realizar lo que es válido (a partir del punto de vista más avanzado del presente)” (265). Jauss y Weimann, que coinciden en la confrontación hermenéutica entre el pasado y el presente con el fin de permitir una elucidación recíproca del uno y del otro, divergen a propósito de la norma. La teoría de la interpretación de Jauss tiene por motor el hecho de que el arte pone continuamente en tela de juicio cualquier modo de legitimación, sea cual sea. Weimann, en cambio, se

basa en la convicción de un progreso logrado a partir de ahora en la sociedad socialista, progreso susceptible todavía de ascender en el porvenir, mientras que las máximas de pensamiento y de acción siguen siendo las mismas.

La incompatibilidad entre estas normas fundamentales está reforzada por las reflexiones de Naumann (1973) y de Rita Schober (1982). En nombre de la “percepción *justa*, Naumann se erige contra el postulado de una “percepción *nueva* e inquietante de las cosas” (Naumann, 1974, 74). No se trata de choques o de efectos estéticos, sino de “inteligibilidad”. Critica el concepto de distancia estética en Jauss: “El lector ideal ahora es aquel que se deleita en la destrucción permanente de su ‘horizonte de expectativa literario’ en la literatura ‘más reciente’ [...] mientras que cualquier acuerdo auténtico, por ejemplo, entre una literatura revolucionaria y sus lectores en tanto que sujetos históricos reales, quedaría descalificado como objeto estético desde su aparición” (139).

En un artículo publicado en 1976 en la revista *Poetica*, Naumann registra positivamente los matices que aporta Jauss a lo largo de los años al tema de la destrucción del horizonte de expectativa, en particular en su ensayo intitulado “El modelo interactivo de la identificación con el protagonista” (en Jauss, 1977). Jauss concedía en él un cierto lugar a la legitimación de las normas y a la identificación catártica con el protagonista. Naumann habla de un “giro catártico en la estética de la recepción” (Naumann, 1976, 465) y llega incluso a situar en este lugar un “cambio de paradigma en la estética”: “El arte tenía de nuevo el derecho de establecer un consenso, de seguir y de fundar la norma, y la percepción estética simple, relevada por la catarsis, podía cumplir de nuevo una función de conocimiento” (464).

Además, Naumann pretendía que Jauss había descubierto al “lector real”, mientras que al principio le había reprochado que renunciara a integrar las diferencias sociales e históricas del público (Naumann, 1973, 138). Cita el estudio de Hillmann, mencionando incluso las reservas que Jauss formula contra este estudio, sin dejar de predecir las decepciones a las que le llevará este tipo de estudio del lector: “Esta ‘estética del efecto’, convertida en dominante, y que se ha adaptado de manera intencional a las condiciones heterogéneas de la producción y de la recepción literarias, resulta empirista, pragmática y oportunista; se reviste también a veces con vestiduras populistas o retóricas” (465).

El juicio que Naumann pronuncia entonces sobre el estudio empírico del lector conduce a preguntarse si el concepto funcional desarrollado en la RDA por Weimann, Naumann, Schober, Schlenstedt y otros en reacción a la estética de la recepción *a*] ha conllevado el desarrollo en la RDA de un estudio empírico de la comunicación literaria, y *b*] si ha permitido eventualmente un debate interno entre los susodichos representantes de una hermenéutica dialéctica y los representantes de la corriente empírica.

Podemos contestar de manera afirmativa a la primera parte de la pregunta. Con la obra *Funktion und Wirkung* [*Función y efecto*] (1978), Dietrich Sommer representa junto con sus colaboradores un grupo de estudio empírico en sociología de la literatura. En ningún momento del estudio se trata ni de separarse, ni de oponerse, ni de superar a los representantes de la hermenéutica dialéctica. Ni el concepto de lector, ni las condiciones epistemológicas, ni las opciones éticas de los empiristas parece que proporcionan la ocasión de un debate comparable más o menos al que contrapuso a Groeben y a Schmidt, por una parte, y la estética de la recepción en la RFA, por otra, en la teoría de la recepción en la RFA. Existe la tentación de juzgar positiva esta continuidad de la investigación, esta transición casi perfecta de la hermenéutica histórica al método de los cuestionarios (cf. la utilización de los resultados empíricos por Sommer, en Schlenstedt, 1979, 88 ss). Aquí, la perspectiva empírica despierta no obstante algunas preguntas.

La parte teórica del estudio de Sommer desarrolla las mismas normas con respecto a la función y al efecto del arte que las que encontramos en la variante hermenéutica de la ciencia marxista. Acerca de esto hay poco que objetar como no sea que todo estudio empírico tiene la obligación de verificar las hipótesis funcionales; es posible seriamente atenerse a que sean refutadas. Sin embargo, en Sommer y sus colaboradores, lo que se busca no es tanto comprobar las hipótesis funcionales como legitimar la manera en que se representa la función social del arte en una sociedad socialista desarrollada. Los resultados de las encuestas demográficas no tienen por lo tanto ninguna influencia sobre el aparato teórico, sino que únicamente sirven para evaluar el desempeño del lector. El efecto previsto y el efecto obtenido se hacen corresponder para medir el acercamiento al objetivo. Hay proximidad cuando —en el terreno de la teoría de la herencia cultural— todas las tendencias progresistas del arte del pasado son apropiadas y cuando —en el caso de la literatura contemporánea— los productores y los receptores reconocen “que el arte y la literatura realistas socialistas permiten expresar de manera comprometida todo el abanico y las diferencias de las propiedades estéticas de la realidad social y natural” (Sommer, 1978, 97) y también que “la clase obrera no es sólo la clase dominante de manera absoluta, sino que su visión del mundo y su actividad práctica contienen y producen la mayor riqueza de relaciones prácticas y espirituales que son determinantes para una sociedad socialista desarrollada” (p. 96).

Si bien surgen diferencias entre el efecto previsto y el efecto obtenido, se comprueba que aquéllas se basan en “que en una sociedad socialista desarrollada subsisten, dentro incluso de las orientaciones que tienden a una comunidad de intereses y al acercamiento de las clases y las capas sociales vinculadas por la amistad, diferencias notorias entre las condiciones sociales de trabajo y

de existencia, en materia de educación, en las ambiciones culturales y espirituales y , por último, en las experiencias existenciales y artísticas más concretas” (111). Las encuestas demográficas sobre las expectativas de los lectores, sus motivaciones, los temas y las materias que ellos prefieren, permiten captar estas diferencias todavía notorias. Así pues, se reparte a los lectores según sus necesidades sean 1] difusas, 2] no del todo difusas, pero tampoco claramente diferenciadas, y 3] diferenciadas. El primer grupo privilegia las novelas de amor y sentimentales, las novelas provincianas y campesinas, las historias pueblerinas. El segundo grupo escoge las historias de viajes, de animales y de caza, las memorias, la literatura para la infancia y para la juventud, mientras que el tercer grupo prefiere las novelas y los relatos sobre el desarrollo de la sociedad socialista de hoy, sobre el movimiento revolucionario obrero, sobre la resistencia al fascismo, sobre el exilio, así como sobre las luchas de liberación de los pueblos oprimidos (271, 272). Los cuadros que se agregan en el apéndice (los cuestionarios no se proporcionan) autorizan a concluir que las personas interrogadas no tenían la posibilidad de citar otros campos temáticos más que los que se les proponía.

Nos esforzamos por evitar la impresión de que las diferencias entre las necesidades coinciden con las diferencias entre trabajadores e inteligentsia. Un estudio de contrastes sobre el comportamiento de estos dos grupos indica que “el esfuerzo por ampliar la experiencia del mundo es tan fuerte en la clase obrera como en la inteligentsia y revela una misma orientación” (319). Las diferencias residen en la manera en que los obreros “ponen en relación las experiencias adquiridas por la literatura con su propia vida práctica: su propia experiencia existencial es el punto de referencia”. La inteligentsia se comporta de otra manera; no está vinculada tan firmemente a su propia vida práctica: “Este grupo concibe los objetos literarios [...] como universos socialmente determinados y , al mismo tiempo, como representaciones estéticas” (320).

Parece evidente que los resultados estadísticos son interpretados de inmediato en el sentido de las normas del estado obrero, de modo que estas mismas normas que definen la parte empírica de la encuesta sirven también para su evaluación. Para citar algunos ejemplos: el resultado empírico (que es sólo una instantánea limitada espacial y temporalmente) de acuerdo con el cual las amas de casa y los jubilados tienen un interés muy escaso por la lectura, se generaliza de la siguiente manera: “El abandono del mundo del trabajo debe necesariamente alterar las relaciones con la sociedad. Estas relaciones se distienden porque el compromiso activo [...] disminuye” (330). En relación con el factor edad, se manifiesta la convicción de que las generaciones futuras reaccionarán de otra manera gracias a la política educativa.

Mediante una oposición explícita a la sociología literaria empírica burguesa, a la que se reprocha que no estudie suficientemente las condiciones de formación, el papel clave que corresponde generalmente a la posición cultural queda relativizado: “Los intereses no están determinados, por lo tanto, por un nivel cultural abstracto, sino por el sistema social y por los esfuerzos que hace la sociedad para asegurar a todos sus miembros una formación elevada” (342). De este modo se destaca el éxito de la enseñanza superior politécnica.

El trabajo empírico del grupo de Halle dio lugar a una discusión en el *Siegener Periodicum zur Internationalen Empirischen Literaturwissenschaft* (1984 y 1985). Los alemanes occidentales reprocharon a Sommer que hubiera borrado la diferenciación social confinándola a los grupos de edad separados del mundo del trabajo (Albrecht, 1984). En efecto, lo que está en juego en esta discusión es lo que se denomina el “tema de la evasión”, la voluntad de olvidar lo cotidiano con ayuda de la lectura. Albrecht deduce de los cuadros de Sommer que en la sociedad literaria de la RDA también hay motivos y opciones de lectura indiferentes con respecto a la literatura socialista actual, y que corresponden formalmente a las necesidades de literatura de entretenimiento de las sociedades occidentales capitalistas” (Albrecht, 1984, 113). Después de una réplica de Dietrich Sommer y Achim Walter (1984), la discusión desemboca en un callejón sin salida. Se reprocha a Albrecht que interprete de manera selectiva los resultados con el fin de “verificar a toda costa una nueva tesis preconcebida” (Sommer/Walter, 1985, 201).

Es evidente que los resultados estadísticos no dicen nada sin interpretación y que no se obtiene ningún resultado estadístico sin premisas teóricas. No obstante, la diferencia entre un aparato conceptual que guía la encuesta y los conceptos que la inmunizan, reside en que en el primer caso, *a)* se aceptan los desmentidos y *b)* que se resiste en la investigación empírica al *jumping to conclusions*, formulando nuevas hipótesis que a su vez se verifican a partir de que se cree que se ha encontrado una explicación a una pregunta para la que la primera prueba no preveía verdaderamente respuesta. Concretamente, los resultados estadísticos muestran que las amas de casa y los jubilados tienen poco interés por la lectura y ésta es la respuesta a la pregunta que se les ha hecho. Pero la explicación de este hecho debería producir de nuevo una hipótesis y no servir para formular una norma.

En un panorama del estudio de la recepción, es imposible dar cuenta equitativamente de todas las variantes del discurso con todas sus ramificaciones. La magnitud de la materia lo impide, así como, *a fortiori*, la perspectiva en la que se sitúa el investigador que emprende una descripción crítica y una evaluación de los conceptos y de los trabajos prácticos. Su manera de ver y de juzgar estructura un material que no habla de sí mismo. El criterio que se ha empleado

en este estudio para juzgar la consistencia del discurso teórico —determinar si el objetivo de la investigación es realmente el estudio de la producción de sentido por otros lectores o si esta investigación lleva a la actividad interpretativa del propio investigador— no es ajeno al lugar que se ha asignado a cada una de las corrientes, consideradas en sus relaciones con el conjunto. Nos hemos preguntado asimismo en qué medida cada uno de los proyectos permite describir y explicar el sentido producido por otras personas. En función de estos criterios, el estudio empírico de la recepción se ha beneficiado de una segura preferencia. Asimismo, los proyectos hermenéuticos cuyos conceptos se pueden convertir en operacionales y que por esto mismo son susceptibles de cooperar con las otras perspectivas, se han juzgado más bien positivos. Éste fue el caso con Iser, a quien se ha reprochado, por otra parte y con razón, que conservara en el texto demasiado sustrato ontológico.

La decisión que hemos tomado de distinguir enunciados descriptivos, explicativos y evaluativos, fue una razón complementaria para hacer hincapié en algunas contribuciones a expensas de otras, mientras que otro investigador tal vez hubiera decidido de otra manera.

Se han dejado de decir muchas cosas. Otras se han pasado por alto porque su articulación sería prematura de momento. En la discusión actual, no todas las posiciones están decantadas todavía. Ésta es la razón de que hayamos mencionado la discusión dentro de la escuela empírica sin entrar en detalles. Este artículo no puede ser más que una instantánea que será necesario rectificar al cabo del tiempo. El estudio de la recepción no puede pretender ser el único enfoque científico de la literatura y de la comunicación literaria. No obstante, dentro de sus límites, tendría que operar de manera consecuente y dedicarse a un auténtico estudio del lector. El estudio histórico de los documentos, así como el estudio empírico y experimental del lector eluden la sospecha de positivismo si se inscriben en marcos conceptuales más amplios, enriquecidos por la ciencia y por la sociedad.

## I. FUNCIONES DE LA INTERPRETACIÓN

En el uso común que se le da en nuestros días, la interpretación ocupa el justo medio en un continuo que va de la objetividad a la subjetividad, donde los dos polos serían la descripción y la evaluación. Este término medio no sólo sirve de lugar teórico asignado a la interpretación, sino que es también el que le corresponde en el orden metodológico. Nos parece por lo tanto un lugar común que la interpretación sea más subjetiva que la descripción, pero menos que la evaluación. Además, la posición metodológica convierte a este orden en causal, lo cual hace que la interpretación sólo sea posible a causa de la descripción y únicamente en la medida en que la descripción esté bien hecha. A su vez, la evaluación toma el relevo de la interpretación y depende de ella para la validez de los juicios que se emiten. En otros términos, después de haber descrito un poema, podemos formular hipótesis sobre lo que significa y en función de estos dos caminos estamos en condiciones de pronunciarnos sobre su calidad.

El sentido común y el uso de todos los días, incluido el mío, son impotentes, no obstante, ante el papel y la función de la interpretación en la crítica literaria y la representación que hace de ella el sentido común es fundamentalmente errónea. Rechazo la división tripartita de las gestiones de la descripción, de la interpretación y de la evaluación basándome en la posición teórica que defiende que la función crítica de la interpretación, lo mismo que su objeto, invalidan este desarrollo. La interpretación, para la mayoría de los críticos literarios de hoy, constituye el fin primero de la crítica literaria y no se sitúa al mismo nivel epistemológico de investigación que la descripción y la evaluación, ya que la interpretación abarca el análisis del texto así como numerosos juicios. Es cierto, por supuesto, que la interpretación ha sido expulsada de algunas escuelas debido a su subjetividad demasiado evidente y en otras por su exceso de objetividad. Abordaré estos argumentos en la segunda parte de este estudio.

La función de la interpretación es producir una comprensión y, como consecuencia, compartir significaciones precisas con otros lectores. No obstante,

tenemos que preguntarnos *quién* ha comprendido y lo que ha comprendido exactamente. Algunos aspectos de los textos, nos podemos responder, que el crítico-intérprete ha considerado que poseían un sentido. No hemos de caer en el error común que consiste en postular que todo tiene un sentido; hay muchas cosas que están desprovistas de significación y no a causa de su hermetismo o de su ininteligibilidad, sino porque no habría razón para aplicarles un sentido. Es un error lógico sostener que todo aquello que puede ser descrito puede en consecuencia ser interpretado y evaluado, pues no todo es significativo. Yo puedo describir una forma geométrica como un cuadrado o un cubo, puedo incluso entablar una discusión sobre el grado de conformidad de un cuadrado particular con mi descripción, pero todo esto está desprovisto de sentido a menos que el objeto descrito tenga una función que cumplir. Por esto yo sostendría que la interpretación se sitúa en un plano ontológico diferente al de la descripción y la evaluación.

La interpretación como operación consciente llevada a cabo de manera formal o informal denota la operación de base de la *explicación* y de la *comprensión*. Los objetos de nuestra atención los podemos captar mediante la explicación, pero no todas las explicaciones serán satisfactorias. La explicación consiste en quitar toda extrañeza al objeto que se examina de modo que se lo vuelva más familiar. La necesidad de explicar no está hecha de lugares comunes y de familiaridad, sino únicamente de lo ajeno y de lo no familiar que no tienen función inmediata en el contexto del crítico-intérprete. Cuando estos objetos se inscriben en nuestro contexto, adquieren un sentido.

Un buen punto de partida para esta búsqueda de la naturaleza de la interpretación consiste en examinar la actividad normal que designamos con el nombre de explicación. Cuando yo digo algo que no está claro para mi destinatario y él me pide que le explique lo que he dicho, respondo describiendo aquello que considero que es el contexto de mis observaciones y la situación que yo espero provocar en este contexto mediante el sesgo de mis señalamientos. Al proceder así, he tratado de eliminar la extrañeza que era la causa de la falta de comprensión. Cuando los acontecimientos históricos o los fenómenos naturales se explican, el que habla trata de insertarlos en el contexto de lo conocido o de situarlos en una perspectiva científica o filosófica más amplia. Los objetos individuales en general no necesitan explicación; la vía explicativa no interviene más que cuando la inscripción de estos objetos en un contexto establecido me plantea un problema. Por eso el contexto al que se refiere la explicación es una condición previa al sentido. Por esta razón los pintores y los demás artistas con tanta frecuencia son incapaces de explicar sus obras. El contexto inteligible en cuestión pertenece con prioridad al destinatario y no al productor. Si la explicación de una obra de arte está vinculada a su contexto histórico, se plantea

el problema de los contextos distintos porque el contexto histórico de un texto es el contexto del productor y no del destinatario. Si el que sirve es un contexto personal, el problema de los contextos divergentes se plantea una vez más porque el contexto en el que nos apoyamos es el del crítico-intérprete y no el de los destinatarios de la obra de arte en general. Puede suceder que la explicación de la obra de arte se dé basándose en una tradición técnica que se ha utilizado en la producción. En este caso, el intento de explicación tiende a mostrar cómo se ha compuesto la obra y entonces el contexto es el sistema de relaciones de la obra propiamente dicha y de las obras emparentadas con ella. No cabe duda de que esta manera de explicar tiene una ventaja práctica y un cierto grado de validez, pero, puesto que se rechaza lo que en la obra hace de ella una obra de arte y no simplemente otra producción del hombre, entonces no se plantea la cuestión de un excedente metafórico del sentido.

En la crítica literaria se habla comúnmente de exégesis para designar la explicación. La exégesis es una forma de explicación, pero se aplica a un conjunto más restringido, el de los textos escritos. Hay un cierto número de importantes restricciones que afectan a este modo de explicación de las que la primera es el contexto de la literatura con la que el texto en concreto se “debe” relacionar. Como todo lo que se ha escrito se ha escrito en un contexto social al que ha de hacer alusión de uno u otro modo, aun cuando sólo sea porque se ha usado la lengua socialmente marcada de una sociedad particular, el contexto esencial de la explicación de un texto es en realidad el código de escritura con el que se vincula. Por lo tanto, el problema de la interpretación es claramente un problema que rebasa lo que el texto pretende decir o no dice, y concierne antes bien a la manera en que el contexto determina la interpretación de lo que se dice. Hemos llegado al punto crítico de nuestra argumentación. Si la explicación por sí sola no basta, si hemos de poseer el contexto de la obra que se examina para producir una explicación útil, hemos de establecer con claridad de quién es el contexto al que se apela y quién lo determina. Imaginemos por un momento que los contextos de la producción, del crítico-intérprete y de la organización formal son inaptas para la labor porque no coinciden con el contexto del lector. Esa falta de conformidad es una labor primordial para el crítico-intérprete, porque la finalidad de la interpretación es alentar la discusión. Este punto de vista va en contra del papel tradicional del crítico-intérprete como mediador entre el texto, que es inaccesible de alguna manera, y el público de los lectores. No hay ninguna justificación para mantener una concepción complaciente del crítico-intérprete que funge como gran sacerdote de lo oculto. La única función defendible del crítico-intérprete consiste en tomar un texto completo en sí y en consecuencia inteligible para los lectores de la comunidad lingüística en cuestión y extraer de él su significación humana, no

para establecer un sentido determinado del mismo, sino para abrir el camino a otros sentidos.

Si la explicación es social en su origen y en su objeto fundamental, la comprensión es individual en su orientación de base. Pero debido a la confrontación entre explicación y comprensión, la interpretación que resulta es intersubjetiva. El encuentro de la explicación y de la comprensión constituye la realidad del acto crítico. La interpretación está caracterizada aquí como actividad altamente especializada y realizada en interés de la comunidad de los lectores y para la propia elucidación del crítico, más que por esta idea sospechosa que quisiera que la interpretación tuviera lugar en virtud de los poderes especiales del oficiante. Históricamente, esta idea procede de la exégesis religiosa, pero no está en su lugar en la crítica literaria contemporánea. La interpretación está en el centro de la actividad de comentario de los textos realizada en interés compartido del crítico-intérprete y de los lectores del texto en la sociedad.

La descripción y la evaluación son ambas actividades subalternas que responden a otros criterios diferentes a los que hemos dado para la interpretación. La descripción no precede a la interpretación y no forma parte de la actividad que acabamos de discutir. La descripción tiene como labor general asegurar la estabilidad por medio de un inventario del objeto o del acontecimiento en cuestión. El objetivo no es la comprensión; en realidad, en la mayoría de los casos va en contra de la comprensión de la obra de arte, ya que la descripción reduce necesariamente la obra de arte a un conjunto de condiciones y de relaciones, mientras que la comprensión se esfuerza por captar el sentido de la obra en su totalidad. La descripción es la labor obligatoria del compilador de antologías.

Tampoco se puede sostener que la evaluación sea la consecuencia necesaria de la interpretación. Esta manera de ver tradicional se basa en un error fundamental que considera que la descripción es objetiva, que la interpretación suprime las ambigüedades que afectan al sentido y que la evaluación le asigna un valor. Los juicios de valor están presentes en todos los aspectos de la interpretación, desde la selección del texto hasta el final de la lectura y ciertamente a todo lo largo de la redacción de la interpretación. La asignación de valores a las obras literarias no está ligada a la práctica de la interpretación. Cada vez que un crítico-intérprete se vale de un juicio de valor después de haber producido un comentario detallado, él o ella no hacen más que volver explícito lo que ha estado implícito a lo largo del comentario. Querer que de alguna manera la evaluación siga a la interpretación perpetúa un error evidente. La descripción tiene su lugar junto a la taxonomía y a otras formas de inventario del contenido y de metrología; la evaluación forma parte del proceso socio-económico que consiste en establecer los valores de las mercancías en el mercado.

La interpretación está muy al margen de estas prácticas y se relaciona con el proceso general de la explicación y de la comprensión. La explicación termina cuando se ha transmitido el sentido y la comprensión parece estar completa. El problema es que la comprensión nunca es verdaderamente completa. Como la explicación trata siempre de adaptar el sentido del texto a un contexto que satisfará el punto de vista particular, con el tiempo llegará a no haber límite ni al número ni a la variedad de las interpretaciones que engendrará un determinado texto. La comprensión que se obtiene es necesariamente provisional e incompleta. Interpretar un texto consiste en apropiarse aquí y ahora la intencionalidad del texto. Explicar consiste en poner de manifiesto la estructura del texto, o mejor dicho, en comentar la organización interna en el contexto del conjunto de los textos que denominamos literatura; comprender consiste en captar la unidad de un texto y responder a sus exigencias, interpretar un texto, en suma, es seguir la vía abierta por el texto y comunicar esta experiencia.

En la práctica, los críticos-intérpretes difieren en la dirección que confieren a la interpretación, y que va de una explicación considerable que no conlleva más que conclusiones sumarias hasta una breve explicación seguida de una comprensión razonada en profundidad. Pero, en todos los casos, la interacción entre la explicación y la comprensión produce la interpretación.

Ahora que he expuesto qué es la interpretación, podemos explorar la aceptación o el rechazo teórico de esta práctica. Hay un cierto número de teóricos que rechazan en parte o casi enteramente el proceso de interpretación. No me toca a mí arbitrar su discrepancia. En este capítulo, mi papel se limita a plantear lo más claramente posible la naturaleza de los argumentos a favor o en contra de la interpretación.

## II. CONTRA LA INTERPRETACIÓN

Hay dos argumentos muy distintos contra la interpretación y ambos ponen en duda la validez de las diversas perspectivas interpretativas y el valor del comentario que hace el crítico-intérprete a partir de los dos extremos de un dualismo sujeto-objeto. La mayor parte de los formalistas han puesto en duda la validez del proceso de interpretación en razón de su pretendida subjetividad arraigada en la aprehensión del texto por el crítico-intérprete. Los defensores de la desconstrucción posestructuralista ponen en tela de juicio las reivindicaciones implícitas según las cuales la interpretación sería más que una reescritura personal del texto hecha por el crítico-intérprete. Así pues, por una parte, se rechaza la excesiva subjetividad de la interpretación en tanto que, por otra,

le son negadas sus pretensiones implícitas a la producción de hechos. Examinemos un poco más de cerca estos dos argumentos.

El argumento formalista hereda de la lingüística la búsqueda de una ciencia del estudio de los textos y, al así hacerlo, acepta un determinado número de supuestos filosóficos de la ciencia del siglo XIX sobre la naturaleza del conocimiento humano, entre ellos en especial la dicotomía sujeto-objeto que caracteriza a la adquisición del saber. El sujeto conocedor debe alcanzar estos hechos que conciernen al objeto en cuestión, que se sitúa independientemente del sujeto conocedor, y que son descripciones verdaderas y precisas del objeto. Se supone que la verificación de los descubrimientos de un investigador por otros es la justificación de los descubrimientos del investigador. Y esto porque la interpretación, en tanto que proceso implica necesariamente la experiencia receptiva del crítico, nunca podrá lograr el estatuto desinteresado e independiente de la verdad objetiva. Este argumento, por lo tanto trata de trazar una línea de demarcación entre aquello que puede ser demostrado sobre una base científica como análisis válido del objeto y las afirmaciones que dependen de las facultades de persuasión del crítico-intérprete y no pueden existir aisladamente como hechos. Este argumento sostiene que la primera vía es una ciencia, que puede ser enseñada, que puede progresar mediante la investigación, mientras que la otra es un arte y es exclusiva y singularmente una búsqueda individual por seres de más o menos talento, como es el caso en las artes del espectáculo.

A.J. Greimas nos da el ejemplo más coherente y completo del argumento formalista. Su *Sémantique structurale* es un sistema complejo de descripción funcional que trata de producir una lógica de las operaciones de los textos narrativos. El sistema en su conjunto apunta rigurosamente a desembarazarse de la interpretación en favor de una ciencia de la literatura. El sentido de los textos como apropiación de una experiencia de lectura queda en suspenso, aun cuando no se lo rechace. En la búsqueda de la objetividad científica, el sentido del lector queda relegado a las bellas letras que se sitúan fuera del terreno de la investigación seria. El único sentido de un elemento textual que se acepta es su capacidad funcional para entrar en relación con los demás elementos y con el conjunto del texto en un modelo "actancial" estricto que ha sido revisado y reelaborado casi sin interrupción desde que se presentó en 1966. La lógica de la acción narrativa, por ejemplo, consiste en vincular núcleos de acción que, fragmento a fragmento, constituyen la continuidad narrativa organizada. Este sistema se centra exclusivamente en los niveles funcionales de la acción, los actantes narrativos (papeles narrativos que cumplen los personajes) y la secuencia narrativa. Este poderoso argumento formalista trata de establecer un álgebra de las funciones semánticas en un nivel estructural profundo que se

realizarán de manera diversa en el nivel superficial de la representación. En consecuencia, no es exagerado decir que este sistema rechaza toda forma de interpretación por no pertenecer a una investigación racional legítima.

Está fuera de duda que Greimas y sus discípulos puntualizaron un sistema de análisis importante. En general, su recurso al rigor y a la asunción de responsabilidad por el crítico es bienvenido. No obstante, su sistema, como todas las posiciones formalistas que quieren ignorar la base ontológica de la literatura, presenta algunos problemas teóricos. El principal problema de la *Sémantique structurale* de Greimas es que no logra suprimir del todo el proceso interpretativo y conservar la objetividad que pretende; este sistema no hace más que relegar el fenómeno interpretativo de la recepción y de la reacción a un proceso de inferencia, ya que la base misma de la identificación de la acción de los actantes se sitúa en lo que se oculta, es decir, el proceso de recepción y la capacidad del lector del texto para reaccionar a éste. Por lo tanto, en vez de resolver el problema de la objetividad en el análisis textual, los argumentos formalistas hacen que la tarea de la interpretación sea aún más perentoria. En otras palabras, la suspensión del proceso interpretativo no se puede mantener en la práctica; el problema del sentido recibido como base de la investigación no desaparecerá. Esta labor puede dejarse para más adelante, y esto es lo que busca la mayor parte de los formalistas, pero todos lo que hablan del sentido en el texto han de enfrentarse a él algún día. Más aún, el proceso de interpretación no es necesario como inferencia, sino como argumento razonado, puesto que sin él la lógica de las operaciones formalistas corre el riesgo de convertirse en un juego de palabras insignificante.

En el otro extremo del trayecto sujeto-objeto se encuentra el rechazo de la interpretación por la desconstrucción posestructuralista. Esta oposición se basa en la negación de la posibilidad de pronunciarse sobre el sentido de un texto sin agregarlo a él. El texto como fuente, según este argumento, nunca se logra y cada lector que hace un comentario a propósito de él no dice nada del texto; el comentario es otro texto derivado del texto original; no es más que una de sus innumerables caídas.

En general, los desconstruccionistas norteamericanos han interpretado mal los escritos filosóficos de Jacques Derrida porque en la filosofía derridiana hay un profundo conservadurismo que en Estados Unidos ha sido interpretado como una posición radical. Derrida postula que cada signo es un producto de la diferencia y que por lo tanto el signo difiere y defiere su sentido perpetuamente. La naturaleza de cada signo es la de afirmar una vez más, pero esta capacidad conlleva el impulso de la alteración. La repetibilidad de esta significancia alternante vuelve a todo signo polisémico. Esta polisemia universal hace que todas las afirmaciones relativas al signo sean parte integrante del jue-

go de la diferencia aun cuando conserven la apariencia del mismo. Pero hemos de reconocer que si todo es un signo, no se gana nada con llamar a algo un signo, y si todo es un texto, es superfluo decir que nada existe fuera del signo; si todos los signos son polisémicos, acabamos por buscar gatos negros en lo más profundo de la noche más profunda. En otras palabras, la filosofía de Derrida, al reducir esencialmente la posibilidad de comunicación, ha provocado la parálisis intelectual más restrictiva desde la escolástica medieval. La desconstrucción, en vez de ser un movimiento de liberación que nos quite de encima las limitaciones del logocentrismo y de la filosofía de la presencia, es todo lo contrario: una invitación a callar. La desconstrucción, que liberará al lenguaje crítico de la referencia y de la representación, invita en realidad a la ausencia total. La referencia es la función más fundamental de la comunicación y es por medio de esta función como nosotros establecemos nuestras relaciones con los objetos de nuestro discurso y con los demás miembros de una comunidad hablante y escribiente. Y es esta función primordial la que ha sido rechazada debido a sus limitaciones logocéntricas y de ello se desprende que el comentario sobre la referencia por la interpretación también se rechaza. Afirmar que, en el mejor de los casos, la interpretación es reduccionista e impone la clausura al texto que la interpretación comenta ha sido el artículo de fe de los desconstruccionistas. Pero aquí basta con señalar que no todas las interpretaciones clausuran el texto y hasta los comentarios que se pretenden definitivos no lo son en la práctica. Evidentemente, las posiciones que rechazan la interpretación se sitúan en la historia de la teoría de la interpretación.

### III. EL DESARROLLO DE LA TEORÍA DE LA INTERPRETACIÓN

El argumento en favor de la interpretación es metacrítico y no partidario, es decir, trata las cuestiones importantes que se han expuesto contra la interpretación en general y no aborda los detalles de claves interpretativas como el feminismo, el psicoanálisis, el marxismo o cualquier otra escuela interpretativa.

Como lo hemos indicado más arriba, el análisis descriptivo del discurso ha afirmado que con la lengua poética se realiza la eliminación del referente externo, que la lengua poética es esencialmente autorreferencial. La teoría interpretativa sostiene que esta afirmación sólo está parcialmente confirmada por un estudio escrupuloso. No cabe ninguna duda de que el discurso poético presenta el proyecto de un mundo liberado mediante la suspensión de la referencia descriptiva, pero no su eliminación. Si toda referencia externa fuera eliminada, el discurso que se desprendería de ello sería un lenguaje privado y, en

consecuencia, indescifrable por todo aquel que no fuera el autor. La suspensión de la referencia autoriza en cambio que la impertinencia semántica se instaure en función del recuerdo de la referencia en suspenso. Este punto de vista es el que ha defendido eficazmente Paul Ricœur en *La métaphore vive*. Cito un fragmento del capítulo 7, “Metáfora y referencia”:

Es en el análisis del enunciado metafórico donde se ha de arraigar una concepción referencial del lenguaje poético que toma en cuenta la abolición de la referencia del lenguaje común y se rige por el concepto de referencia desdoblada. [...] Repliquemos a esto que el sentido de un enunciado metafórico está suscitado por el fracaso de la interpretación literal del enunciado; para una interpretación literal, el sentido se destruye a sí mismo. Ahora bien, esta autodestrucción del sentido condiciona a su vez el desmoronamiento de la referencia primaria. Toda la estrategia del discurso poético se juega en este punto: tiende a conseguir la abolición de la referencia mediante la autodestrucción del sentido de los enunciados metafóricos, autodestrucción que llega a ser manifiesta mediante una interpretación literal imposible. Pero esto no es más que la primera fase o, más bien, la contrapartida negativa de una estrategia positiva; la autodestrucción del sentido, bajo el peso de la impertinencia semántica, es solamente el anverso de una innovación de sentido en el nivel del enunciado completo, innovación obtenida mediante la “torsión” del sentido literal de las palabras [...]. ¿No se puede decir que la interpretación metafórica, al hacer surgir una nueva pertinencia semántica sobre las ruinas del sentido literal, provoca *también* una nueva mira referencial, en favor incluso de la abolición de la referencia correspondiente a la interpretación literal del enunciado? (p. 289). Por lo tanto, lo que necesitamos entender es el encadenamiento entre tres temas: en el discurso metafórico de la poesía, la potencia referencial está unida al eclipse de la referencia común; la creación de ficción heurística es el camino de la redescipción; la realidad referida al lenguaje une manifestación y creación (Ricœur, 1975, 301).

He citado deliberadamente pasajes que son la defensa fundamental de cualquier interpretación. Si no hay ninguna forma de referencia al mundo de la acción, no hay ninguna vía interpretativa válida. En cambio, si el modo dinámico de la referencia duplicada que Ricœur describe se acepta, tenemos en él el fundamento de las vías interpretativas.

Cada una de estas vías, se trate de la feminista, la psicoanalítica, etc., no difiere en el análisis de las características formales del texto, sino en la importancia que se da a la redescipción del mundo. Así pues, una interpretación feminista de *Jacob's room* de Virginia Woolf daría prioridad a la visión del mundo particular de la mujer que se expresa como narrador dramático y que suspende en torno de Jacob el ausente no sólo un modo de vida, sino un modo de vida en relación con las mujeres, su madre, sus amantes, sus amigas, las mujeres cultas o incultas, las mujeres superficiales y las profundas que en el

transcurso de sus relaciones con Jacob establecen los componentes extraordinariamente femeninos del personaje; factores que no serían visibles en una perspectiva masculina del mundo. El hecho es que el lector, sea quien sea, un hombre o una mujer, accede a una perspectiva del mundo feminista única en la redescipción del mundo, que es el sentido estético de la recepción. Una interpretación psicoanalítica del mismo texto haría hincapié en los medios de conocimiento del individuo y en cómo es percibido por los otros; el intérprete marxista se concentraría en la dinámica social de los personajes y en lo que los determina en la estructura social abundantemente descrita de la Inglaterra de principios del siglo xx, y así sucesivamente para cada clave de interpretación. Ninguna de estas interpretaciones confundiría el mundo de la acción con el mundo narrativo, y en vez de esto, cada una captaría la realidad de un mundo “como si” tuviera el poder de volver al mundo del lector y de provocar una redescipción.

Para poder describir la teoría contemporánea de la interpretación, es necesario desarrollar lo que hemos dicho del acto de lectura que es en sí la praxis de la interpretación. El lector puede desempeñar el papel de un jugador en una interminable partida en la que es absorbido por la red interna del texto y en la que él suspende indefinidamente la referencia del texto al mundo de la acción y al público de sujetos hablantes del que él forma parte. Si bien este papel tiene sus raíces en los estudios de traducción de la Biblia, ha sido ilustrado por las vías formalistas de las que hemos hablado en la sección precedente. El lector puede asimismo rebasar el estadio de referencia en suspenso y realizar el texto en el mundo de la acción determinado lingüísticamente. Indudablemente, se trata en este caso del objeto de la lectura. La suspensión de la referencia en la óptica formalista funciona como una suspensión precisamente porque frena el curso natural de la lectura, cuyo movimiento va hacia el sentido. Pero esta suspensión no puede retener el impulso hacia el sentido indefinidamente sin desviar el movimiento hacia otro eje, como el del juego de palabras. Así pues, la suspensión de la referencia puede funcionar en el proceso de la explicación y el descubrimiento de las relaciones internas únicamente porque el texto es legible, es decir, porque puede realizar el retorno al mundo de la acción como comunicación. La lectura es posible porque un texto no está cerrado sobre sí mismo; hay algo que decir a alguien a propósito de algo. Leer es realizar la fusión de la competencia lingüística del lector en el discurso del texto. Esta acción confiere a la lectura la capacidad de renovación del texto en cada nueva lectura y confiere también al texto su apertura polisémica de la que hemos hablado en la sección precedente.

El reto que plantean los formalistas a la interpretación sólo se puede constatar con una reevaluación de los fines y de los métodos; la teoría de la inter-

pretación ha de responder simultáneamente a las exigencias de la explicación formalista y a su objetivo tradicional, la comprensión.

La tradición hermenéutica ilustrada por Schleiermacher, Dilthey y Bultma acentúa la integración del texto y del lector. Si bien este concepto es todavía una faceta de la teoría de la interpretación, no obstante ha de ser modificado por el lugar que dan a la explicación analítica los formalistas como Greimas y Lotman, ya que está claro que la explicación formal puede servir de poderosa herramienta en la realización de la comunicación intersubjetiva haciendo de la explicación propiamente dicha un punto de partida común.

Paul Ricœur, en su *Théorie de l'interprétation* (1976), ha indicado un nuevo horizonte reservando un lugar al análisis formal dentro de la interpretación hermenéutica. No obstante, la teoría de la interpretación tiene que evitar también la clausura reduccionista que los desconstruccionistas pretenden que es el fin inevitable de cualquier interpretación. Las pretensiones de interpretaciones definitivas y de la verdad objetiva han sido suplantadas por el movimiento hacia una captación del potencial redescriptivo de los textos en términos de! yo.

Ricœur hace la síntesis de esta hermenéutica fenomenológica: “La interpretación de un texto culmina en la comprensión de sí mismo de un sujeto que en lo sucesivo se comprende mejor, se comprende de manera diferente o simplemente empieza a comprenderse verdaderamente. Esta culminación de la comprensión del texto en una autocomprensión es característica del tipo de filosofía reflexiva que en varias ocasiones he denominado reflexión concreta” (Ricœur, 1979, 198).

La hermenéutica fue radicalizada por Hans Georg Gadamer en su libro *Wahrheit und Methode* (1960), que rechaza la búsqueda romántica del genio del autor o de sus intenciones y la sustituye por una valorización del encuentro del crítico-intérprete con el texto en una tradición de comentario. Esta reestructuración de la hermenéutica resolvió el callejón sin salida dualista sujeto-objeto en el que Dilthey se había metido. La prioridad que se da al ser-en-el-mundo sobre el sujeto o sobre el conocimiento que el sujeto tiene de los objetos está tomada de la fenomenología revolucionaria de Heidegger en *Sein und Zeit* (1927).

Cuando la hermenéutica, después de Gadamer, ha sido formulada exclusivamente como una búsqueda de la comprensión que desdeña la explicación, su fracaso ha sido característico bajo la acusación de complacencia y de impresionismo subjetivo intelectualizado. La inadecuación de esta vía es evidente para la hermenéutica. Hay dos razones fundamentales de este estado de cosas. La primera es que la comprensión del texto no es un fin en sí, ya que esta vía rechazaría la propia recomendación de Gadamer de la autonomía del texto.

El objeto de la interpretación es la mediación entre el texto y el lector. Así, la comprensión hermenéutica sin la mediación del sistema de signos del texto deja de lado las exigencias esenciales que el texto impone al lector. Ya hemos insistido en el hecho de que el análisis formalista sin la constitución reflexiva del sentido no rima con nada; la hermenéutica fenomenológica reúne ambos. La otra razón por la que la hermenéutica necesita la explicación tanto como la comprensión tiene que ver con la necesidad fundamental en la crítica en tanto que comunicación de establecer un terreno de encuentro con los diversos lectores del texto y del comentario. La explicación cumple este papel.

Interpretar un texto es responder a la intencionalidad del texto aquí y ahora para mí. Así pues, la hermenéutica puede apelar a la tradición de Schleiermacher y de Dilthey, pero además debe formular preguntas decisivas: ¿cómo se apropia el crítico-intérprete del texto?, ¿sobre qué bases se involucra (él/ella) en la reconfiguración de su sentido?

La hermenéutica fenomenológica después de Gadamer y Ricœur ha rechazado las tesis opuestas según las cuales el sentido del texto está vinculado a las intenciones supuestas del autor, es decir, a la experiencia histórica del escritor, y también ha rechazado por inaceptable la hipótesis de la ausencia de un sentido estable en el texto, siendo el comentario un complemento derivado de la lectura inmediata. Los lectores de los textos se convierten en críticos-intérpretes de los textos cuando satisfacen las exigencias del texto y completan su sentido para ellos mismos y para los demás que comparten el texto. Es aquí donde hemos de reconocer que la antigua labor de la interpretación superó algunas de las aberraciones del siglo XIX y que la comprensión ha sido atemperada por la explicación. Como hemos dicho en la primera parte de este capítulo, explicar un texto consiste en poner de manifiesto las relaciones internas de la organización y de la composición, y comprenderlo es captar la intencionalidad que hace de él un todo y no simplemente un ensamblaje de palabras. La labor del crítico-intérprete hoy es ir más allá del proceso subjetivo de la lectura y de la comprensión del texto aprovechando las brechas del análisis formal. Tanto la estática formal del texto como la lengua en la que está escrito son independientes del intérprete y han de ser abordados como tales.

La interpretación que permite el sistema de signos no puede ser más que una deducción lógica, ya que el sistema de signos debe producir sentido. La interpretación es un comentario, una glosa del sistema semiótico en su relación con el sujeto que conoce.

Aunque esta noción más consumada de la interpretación ha sido expuesta en el seno de la tradición filosófica en obras de pensadores tales como Juan Luis Vives, Giambattista Vico, Wilhelm von Humboldt, Benedetto Croce y muchos más, siempre ha sido una voz discordante que se oponía al absolutismo reinan-

te. Recordemos con Aristóteles que la interpretación es la interpretación por la lengua antes de ser la interpretación de la lengua. La interpretación evita las trampas del objetivismo así como del escepticismo al insistir en que la propia interpretación es una expresión simbólica, pero con un estatuto ontológico que es distinto al del texto que se examina. Cualquiera que sea el método que se utilice en la explicación, hay algo que se impone: la relación de la interpretación con el texto sólo es posible dentro de una comunidad de locutores, de auditores y de comentaristas de este texto y de otros análogos. La labor del crítico que realiza la interpretación no se puede reducir ni a la explicación de la organización formal del texto ni a una elevación lírica del espíritu del crítico-intérprete. El proceso de explicación tiene el papel de una limitación necesaria a la comprensión individual del crítico-intérprete. La interpretación en la tradición de la crítica relacional acaba por describirse como vaga y provisional en sus ambiciones, pero también como una contribución al conocimiento dirigido a una comunidad y verificado por la comunidad. Sin una fuente común y sin arbitraje, la interpretación se convertiría en la promoción complaciente de los gustos personales, que la lectura nos impone de vez en cuando.

Si es cierto que siempre hay más de un medio de interpretar un texto literario, esto no quiere decir que todas las interpretaciones sean iguales y que puedan traducirse en ganancias o pérdidas como aproximaciones. El texto literario presenta un campo ilimitado de configuraciones posibles en un punto determinado de la historia, no se trata de un número ilimitado de variantes. Además, un aspecto esencial de la cuestión es la lógica de validación que, en cualquier momento de la historia en el seno de una comunidad de locutores, forma un consenso que evita el dogmatismo y el escepticismo a la vez. Tiene que seguir siendo posible defender o atacar una interpretación y confrontar interpretaciones rivales o servir de intermediario y encontrar un terreno de entendimiento. Así debe ser en la comunidad de los investigadores.

Para concluir, la interpretación, sean cuales sean los métodos que se utilicen para explicar la configuración del texto y sean cuales sean las ideologías y las prevenciones culturales que formen parte del proceso de comprensión del intérprete, consiste en la expresión reflexionada de la comprensión del intérprete mediatizada por el conjunto de vías explicativas que la precede y que la acompaña en el comentario crítico. La explicación desprende un sentido dinámico que el intérprete ha de hacer suyo si él quiere (si ella quiere o si yo quiero) comunicarlo a alguien más, es decir, debo (él, ella deben) comprender los indicadores referenciales que se han deducido de las vías explicativas. La dialéctica de la explicación y de la comprensión constituye el poderoso revelador de la interpretación.

Deducir el sentido de un texto es la primera etapa de la comprensión; comunicar el sentido de un texto a otros es el primer paso en la vía de la explicación

y el vaivén entre la explicación y la comprensión es el primer movimiento de la interpretación. Esta actividad común de la interacción humana en una colectividad se convirtió en una disciplina cuando se ocupó de textos escritos que se consideraba de alguna importancia para el conjunto de la colectividad, es decir, textos religiosos, jurídicos, históricos y literarios. La naturaleza de la interpretación tal como la he descrito en este estudio, al principio es conflictiva y de inmediato se convierte en una dialéctica productora de un equilibrio comedido entre la potencia del polo de apropiación del texto por el sujeto y las exigencias de los polos de trasmisión, en los que el texto se convierte en propiedad figurativa de otros.

Cada lector lee un texto utilizando modelos de coherencia basados en las experiencias de la vida en general y más particularmente en los lectores anteriores. Estos modelos de coherencia en general se ponen en tela de juicio y algunas veces la lectura de textos literarios los alteran. Así pues, la fenomenología de la lectura de los textos literarios se puede describir como la aplicación primera de modelos de coherencia, su desarrollo y su modificación continuos y, por último, su sustitución. El papel del crítico-intérprete en este proceso no es interrumpirlo, sino trasladarlo del terreno subjetivo al terreno de lo intersubjetivo; en otras palabras, proseguir la apertura del texto literario y hacer del diálogo a propósito del texto una parte integrante de la vida creadora, presente y futura, de la colectividad.